

MINIARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

EL INSPECTOR

Nikolai Vasilievich Gogol

PERSONAJES

ANTON ANTONOVICH SCVOZNIK-DMUJANOVSKI, alcalde.
ANA ANDREEVNA, su esposa.
MARIA ANTONOVNA, su hija.
LUKA LUKICH JLOPOV, inspector de escuelas.
SU ESPOSA.
AMOS FEDOROVICH LIAPKIN-TIAPKIN, juez.
ARTEMIO FILIPOVICH ZEMILIANIKHA, director del hospital.
IVAN KUSNUCH SHPEKIN, jefe de correos.
PETR IVANOVICH DOBCHINSKY } propietarios del
PETR IVANOVICH BOBCHINSKY } pueblo.
IVAN ALEKSANDROVICH JLESTAKOV, funcionario de San Petersburgo.
OSIP, su criado.
CRISTIAN IVANOVICH GIBNER, médico local.
FEDOR ANDREFVICH LULUKOV } funcionarios reti-
IVAN LISAREVICH RASTAKOVSKY } rados y notables
STEPAN IVANOVICH KOROBKIN } del pueblo.
STEPAN ILICH UJOVERTOV, jefe de policia.
SVISTUNOV } vigilantes
PUGOVIZIN }
ABDULIN, comerciante.
FEVRONIA PETROVNA POSHLEPKINA, la mujer del carpintero.
LA VIUDA DEL SUBTENIENTE.
MISHKA, criado del alcalde.
CAMARERO DE LA POSADA.
Invitados, comerciantes, burgueses, peticionantes.

ACTO PRIMERO

Habitación en casa del alcalde

ESCENA PRIMERA

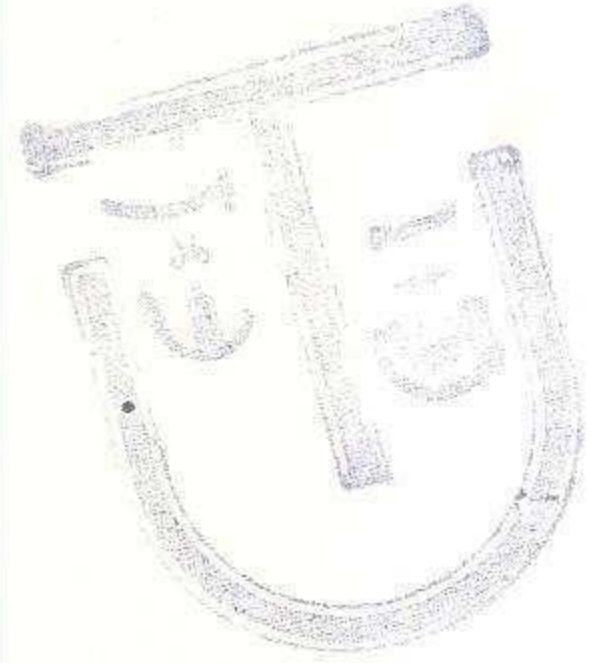
EL ALCALDE, EL DIRECTOR DEL HOSPITAL, EL SUPERVISOR DE ESCUELAS, EL JUEZ, EL JEFE DE POLICIA, EL MEDICO, DOS VIGLANTES.

ALCALDE Los he reunido, señores, para comunicarles una noticia muy desagradable: viene un inspector.

AMOS FEDOROVICH ¡Qué! ¿Un inspector?

ARTEMIO FILIPOVICH ¡Qué! ¿Un inspector?

ALCALDE Un inspector de San Petersburgo, de incógnito. Y, para colmo de males, con instrucciones secretas.



Sección de Estudios Interdisciplinarios
González
Facultad de Humanidades
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras

11/10/08
McF
1180410

A. FEDOROVICH ¡Estamos arreglados!

A. FILIPOVICH ¡Como si no tuviéramos bastantes preocupaciones!

ALCALDE Parecía que lo presentía: durante toda la noche soñé con dos enormes ratas. ¡Palabra de honor que nunca vi sabandijas semejantes! ¡Tenían un tamaño descomunal! Vinieron, husmearon...y se fueron. Voy a leerles la carta que acabo de recibir de Andréi Ivánovich Chmíjov, a quien usted ya conoce, Artemio Filípovich. He aquí lo que me dice: "Querido amigo, compadre y bienhechor...(MURMURA ALGO, LEYENDO RAPIDAMENTE CON LA VISTA.) ...y para informarte." ¡Ah, aquí está: "Me apresuro a informarte que ha llegado un funcionario con instrucciones de inspeccionar la provincia y sobre todo tu distrito." (EL ALCALDE ALZA UN DEDO CON GESTO SIGNIFICATIVO.) "Lo he sabido de muy buena fuente, a pesar de que ese funcionario viaja de incógnito. Como sé que tú, como todo el mundo, tienes tus pecadillos, ya que eres inteligente y no te gusta dejar escapar lo que llega a tus manos..." (SE INTERRUMPE.) Bueno, aquí dice unas cositas...(LEE MAS ADELANTE.) "Te aconsejo, pues, que tomes precauciones; porque ese funcionario puede llegar de un momento a otro, eso si no ha llegado ya a tu pueblo y vive en alguna parte de incógnito...Ayer yo..." Bueno, aquí habla de asuntos de familia: "Mi hermana Ana Kirílovna nos visitó ayer con su marido, Iván Kirílovich ha engordado mucho y sigue tocando el violín...", etc. ¡Ya ven ustedes cómo están las cosas!

A. FEDOROVICH Sí, el caso es único, realmente excepcional.

L. LUKICH ¿Y a qué se debo esto, Antón Antónovich? ¿Por qué vendrá a visitarnos el inspector?

ALCALDE ¿Para qué? ¡Será el destino! (SUSPIRA.) Hasta ahora, a Dios gracias, esa gente metía la nariz en otros pueblos: esta vez nos ha tocado el turno.

A. FEDOROVICH Creo, Antón Antónovich, que aquí debe haber motivos de índole política. Eso quiere decir lo siguiente: Rusia...eso es...Rusia quiere ir a la guerra, y el Ministerio ha mandado a un funcionario para averiguar si aquí no hay traidores.

ALCALDE ¡Vaya una idea! ¡Traidores en un pueblo de provincias! ¿Acaso es esto la frontera? Aquí estamos tan lejos de cualquier poblado, que aunque galopáramos tres años seguidos no llegaríamos a ninguna parte.

A. FEDOROVICH No; yo creo, Antón Antónovich, que no enfoca bien el asunto...créame... El Gobierno es muy hábil; aunque este pueblo se halla lejos de la frontera, no lo pierde de vista.

ALCALDE Vista o no vista, señores, ya lo saben: están avisados. Por mi parte, he tomado medidas. ¡Les aconsejo que hagan lo mismo! ¡Sobre todo usted, Artemio Filípovich! Sin duda, el inspector querrá visitar antes que nada el hospital...de modo que le conviene adecentarlo: mándeles cambiar los gorros de dormir a los enfermos y deles ropa limpia para que no parezcan unos herreros, como sucede habitualmente cuando andan por la casa.

A. FILIPOVICH Bueno, eso es fácil. Les cambiaremos los gorros.

ALCALDE Sí. Y, además, convendría que escribieran encima de cada cama, en latín o algún otro idioma, eso es cosa suya, Cristián Ivánovich, el nombre de cada enfermedad y la fecha en que enfermó cada paciente... Es fatal eso de que sus huéspedes, Artemio Filípovich, fumen un tabaco tan fuerte que lo hace estornudar a uno apenas entra. Además, sería preferible que no hubiera tantos; pueden atribuirlo inmediatamente a la falta de cuidados o a la ineptitud del médico.

A. FILIPOVICH ¡oh! En cuanto a las curaciones, yo y Cristián Ivánovich hemos tomado ya nuestras medidas; cuanto más dejemos a la Naturaleza, mejor... no usamos medicamentos caros. El hombre es un ser sencillo; si tiene que morir, morirá lo mismo; si tiene que sanar, curará. Además, a Cristián Ivánovich le costaría mucho entenderse con ellos: no sabe una sola palabra de ruso.
(CRISTIAN IVANOVICH PROFIERE UNA ESPECIE DE SONIDO QUE FLUCTUA ENTRE LA "I" Y LA "E".

- ALCALDE Yo le aconsejaría, Amos Fédorovich, que cuidara más de su juzgado. En la antesala donde esperan habitualmente los litigantes, los ujieres han empezado a criar patos con sus patitos, y uno tropieza con ellos a cada paso. Naturalmente, la avicultura es muy digna de elogio...¿Y por qué no habría de criar aves un ujier?...Pero...¿sabe?...resulta indecoroso hacerlo. Siempre quise decírselo, pero nunca encontraba el momento.
- A. FEDOROVICH Daré orden hoy mismo de que los lleven a la cocina. Si quiere... venga a almorzar conmigo.
- ALCALDE Además, es lamentable que en plena sala de audiencias se tienda ropa a secar y cuelguen un morral sobre el propio armario de los expedientes. Ya sé que a usted le gusta ir de caza, pero, de todos modos, convendría descolgarlo por algún tiempo, y cuando se vaya el inspector, podrá volver a colgarlo. También debo decirle que su secretario...Claro que es un hombre eficiente, pero huele como si acabara de salir de una bodega...Eso, tampoco es muy digno de elogio. Si, como dice su secretario, huele así desde que nació, habría un recurso: aconséjele que coma ajo o cebolla, o cualquier otra cosa. En ese caso Cristián Ivánovich podría ayudarle con medicamentos. (CRISTIAN IVANOVICH PROFIERE EL MISMO SONIDO.)
- A. FEDOROVICH No, eso sí que es difícil eliminarlo; el secretario dice que su madre lo dejó caer al suelo cuando era pequeño y se lastimó, y que desde entonces huele un poco a vodka.
- ALCALDE Bueno, no hables más de ello. En cuanto a las medidas de orden interno y a la que llama pecadillos en su carta Andréi Ivánovich, no puedo decir nada. ¿Y después de todo...? ¿Hay acaso alguien que no tenga pecadillos? Dios lo ha dispuesto así y será inútil que despotriquen contra eso todos los volterianos.
- A. FEDOROVICH ¿A qué llama usted pecadillos, Antón Antónovich? ¡Quién no los tiene! Yo les digo a todos claramente que recibo...¿Qué clase de propinas? En forma de perros perdigueros. Eso, ya es otra cosa.
- ALCALDE Bueno...Con perdigueros o en otra forma, todo es propina.
- A. FEDOROVICH Pero, no es lo mismo, Antón Antónovich. En cambio, por ejemplo, si alguien tiene un abrigo que vale quinientos rublos y su mujer un chal que...
- ALCALDE Bueno...¿Y si usted recibe propinas bajo forma de perdigueros?...¿Qué? En cambio, no cree en Dios, nunca va a la iglesia; yo, por lo menos, soy hombre de fe firme y voy a la iglesia todos los domingos. Y usted...¡Oh, lo conozco! Cuando empieza a hablar de la creación del mundo, a uno se le erizan los cabellos.
- A. FEDOROVICH Tenga en cuenta que he alcanzado esa conclusión con mi propia inteligencia.
- ALCALDE Bueno. De todos modos, más vale no tener inteligencia que tener demasiada. Además, sólo hablé del Juzgado por hablar; para serle franco, no creo que a nadie se le ocurra asomar su cabeza ahí; es un lugar tan envidiable, que el propio Dios lo ampara. En cuanto a usted, Luká Lúkich, como supervisor de escuelas, le convendría ocuparse, especialmente de los maestros. Desde luego, se trata de gente culta y que ha estudiado en diversos colegios, pero tienen unas costumbres rarísimas, que se deben seguramente a su condición de pedagogos. Uno de ellos, por ejemplo, el de la cara gordita... no recuerdo su apellido...siempre que supo a la tarima hace una mueca como ésta. (HACE UNA MUECA.) y luego, con la mano, disimulada bajo la corbata, empieza a alisarse la barba. No me importa que le haga esa mueca a un alumno, no tiene importancia; quizá hasta deba ser así, eso es algo que no puedo juzgar; pero, piénselo un poco...Si ese maestro le hiciera esa mueca a un visitante, el asunto podría tomar muy mal cariz; el señor inspector o cualquier otro podría creer que eso lo hace por él. ¡Las complicaciones serían terribles!

- L. LUKICH ¿Y qué quiere que haga? Ya se lo he dicho varias veces. Hace unos días, sin ir más lejos, cuando visitó la clase nuestro jefe político, ese maestro hizo una mueca más espantosa que nunca. Tiene una bondad innata, pero yo me gané un sermón por hacerle inculcar ideas liberales a la juventud.
- ALCALDE Lo mismo debo indicarle con respecto al maestro de Historia. Es un sabio, evidentemente sabe mucho, pero se expresa con tanta vehemencia, que se olvida de todo. Hace unos días que lo escuché. Mientras hablaba de los asirios y los babilonios, todo iba bien, pero cuando llegó a Alejandro Magno, lo que pasó no tiene explicación. ¡Creí que se había incendiado el aula, se lo juro! ¡Bajó corriendo de la tarima y empezó a golpear furiosamente el suelo con la silla! Claro está que Alejandro Magno es un héroe, pero...¿a qué romper las sillas? Eso perjudica al Fisco.
- L. LUKICH ¡Sí, es muy impetuoso! Ya se lo hice notar varias veces...Y me contestó: "¿Qué quiere que haga? ¡Yo daría la vida por la ciencia!"
- ALCALDE Sí, tal es la misteriosa ley del Destino: el inteligente, cuando no es un borracho, hace unas muecas capaces de ahuyentar a uno al fin del mundo.
- L. LUKICH ¡Triste fatalidad la de formar parte de la rama escolar! Todos se entrometen, todos pretenden demostrar que ellos también son inteligentes.
- ALCALDE Eso no tendría importancia...¡Lo peor es ese maldito funcionario de incógnito! Imagínese que de repente se nos presente. "Bien dirá _____. ¡De modo que aquí los tengo a todos! ¿Y quién es el juez del pueblo?" "Liapkin-Tiápkín, señor." "¿Qué me traigan a Liápkín-Tiápkín! ¿Y quién es el director del hospital?" "Zemlianíka, señor." "¿Que me traigan a Zemlianíka!" ¡Eso es lo malo!

ESCENA II

los mismos y el JEFE DE CORREOS

- J. DE CORREOS ¡Explíquense claramente, señores! ¡Qué! ¿Qué pasa? ¿Qué funcionario es el que viene?
- ALCALDE ¿Acaso no ha oído hablar del asunto?
- J. DE CORREOS Se lo oí decir a Petr Ivánovich Bóbchinsky. Acaba de visitarme en Correos.
- ALCALDE ¿Y bien?...¿Qué opina del asunto?
- J. DE CORREOS ¿Qué opino? Creo que tendremos guerra con los turcos.
- A. FEDOROVICH ¡Exacto! ¡Lo mismo pensaba yo!
- ALCALDE ¡Sí, se les ha ocurrido a los dos la misma tontería.
- J. DE CORREOS ¡Habrá lucha con los turcos! ¡Se lo aseguro! Todo eso son intrigas del francés.
- ALCALDE ¡Qué guerra, ni qué niño muerto! Los que lo vamos a pasar mal somos nosotros y no los turcos. Es cosa sabida: tengo una carta.
- J. DE CORREOS Si es así, quizá no haya guerra con los turcos.
- ALCALDE ¿Y bien?...¿Cómo tiene sus cosas, Iván Kúsmich?
- J. DE CORREOS ¿Qué importa eso? ¿Cómo están las tuyas, Antón Antónovich?
- ALCALDE ¿Las mías? No diré que está terrorizado, pero sí tengo miedo...Los mercaderes y los burgueses me causan dificultades. Dicen que les pido mucho dinero; y yo, palabra de honor, si alguna vez les saqué algo lo hice sin mala intención. Hasta he pensado (TOMA AL JEFE DE CORREOS DEL BRAZO Y LO LLEVA APARTE)...hasta he pensado esto...¿No será que alguien me ha denunciado? ¿Realmente...? ¿Cómo se explica

que venga un inspector aquí? Escúcheme, Iván Kúsmich. ¿No podría usted, en bien de todos; abrir y leer un poco? ¿Comprende?...Abrir e inspeccionar un poco todas las cartas que lleguen a Correos, para ver si no contiene alguna denuncia o, sencillamente, alguna correspondencia reveladora. Si no es así, se puede volver a cerrar el sobre; y si no se lo puede entregar así, abierto.

J. DE CORREOS Ya sé, ya sé...No me dé lecciones. Eso habitualmente lo hago, no por precaución, sino, más que nada, por curiosidad; me muero por saber lo que ocurre en el mundo. Le aseguro que esa lectura es interesantísima. Hay cartas que se leen con deleite...¡Se lee cada cosa! ...¡Son mucho más instructivas que "El Informativo de Moscú"!

ALCALDE Entonces, dígame...¿No ha leído algo sobre un funcionario de San Petersburgo?

J. DE CORREOS No, nunca he visto que se hablase de ningún funcionario de San Petersburgo, sí de varios de Kostrón y Sarátov. Pero, ¡qué lástima que usted no lea esas cartas!: contienen pasajes preciosos. Hace poco, un subteniente le escribía a un amigo describiéndole un baile en el más juguetón de los lenguajes...con mucha gracia. "Aquí la vida fluye en el séptimo cielo, querido amigo decía. Hay muchas muchachas, suena la música, se baila con entusiasmo..." Sí. Lo pintaba con mucha emoción. Me guardé la carta expresamente. ¿Quiere que se la lea?

ALCALDE Ahora no estamos para bailes. De modo que hágame el favor, Iván Kúsmich: si por casualidad cae en sus manos una queja o una denuncia, guárdese la sin la menor consideración.

J. DE CORREOS Con muchísimo gusto.

A. FEDOROVICH Mire que algún día le costará caro.

J. DE CORREOS ¡Ay, Dios mío!

ALCALDE No es nada, no es nada. Otra cosa sería si lo hiciera en público, pero, después de todo, es algo que queda en familia.

A. FEDOROVICH Sí. ¡Este asunto cada vez me gusta menos! Y yo, lo confieso, iba a visitarlo para regalarle un perrito, Antón Antónovich. Hermano de sangre del perdiguero que usted ya conoce. Como habrá oído decir, Cheptóvich y Berjovinsky han iniciado un pleito, y ahora estoy en la gloria: cazo conejos en las tierras del uno y del otro.

ALCALDE ¡Dios mío! Ahora no estoy para sus conejos. Ese maldito funcionario de incógnito no abandona un momento mi pensamiento ni a sol ni a sombra. Uno espera que, de un momento a otro, se abrirá la puerta... ¡y zas!...

ESCENA III

Los mismos y DOBCHINSKY y BOBCHINSKY, que entran muy acalorados

BOBCHINSKY ¡Un suceso extraordinario!

DOBCHINSKY ¡Una novedad inesperada!

TODOS ¿Qué? ¿Qué pasa?

DOBCHINSKY Un caso imprevisto: Llegamos a la posada...

BOBCHINSKY (INTERRUMPIÉNDOLO.) Llegamos con Petr Ivánovich a la posada...

DOBCHINSKY (INTERRUMPIÉNDOLO.) ¡Eh! Perdóneme, Petr Ivánovich. Permítame que lo cuente yo.

BOBCHINSKY ¡Oh, no! Permítame que yo...permítame, permítame...Usted no sabrá explicarlo como es debido.

DOBCHINSKY Y usted se confundirá y dejará la mitad.

- BOBCHINSKY Lo recordaré todo, se lo juro, lo recordaré todo. ¡No me moleste, déjeme contarle, no me estorbe! Señores, hagan el favor de decir a Petr Ivánovich que no estorbe.
- ALCALDE ¡Vamos, hablen de una vez, por amor a Dios!... ¿Qué ha pasado? ¡Siéntense! Petr Ivánovich, siéntese. (TODOS SE SIENTAN ALREDEDOR DE PETR IVANOVICH.) Bueno...¿Qué pasa? ¿Qué pasa?
- BOBCHINSKY ¡Permítame, permítame! Lo contaré todo por riguroso orden. (AL ALCALDE.) Apenas salir de su casa, cuando usted se turbó al recibir la carta, sí...entonces, entré a...¡Por favor, no me interrumpa, Petr Ivánovich! ¡Lo sé todo, todo! De modo que déjeme que se lo diga. Corrí a casa de Koróbkin. Y al no encontrarlo en casa, fui a ver a Rastakóvsky, y al no encontrar a Rastakóvsky, fué en busca de Iván Kúsmich, para comunicarle la noticia que usted acababa de recibir, y al ir allá me encontré con Petr Ivánovich...
- DOBCHINSKY (INTERRUMPIENDOLO.) Junto a la tienda donde venden pasteles.
- BOBCHINSKY Junto a la tienda de pasteles. Sí. Me encontré con Petr Ivánovich, y le dije: "¿Está enterado de la noticia que recibió Antón Antónovich por carta?" Y Petr Ivánovich ya se había enterado por su ama de llaves, Avdótia, la cual, no sé para qué, había sido enviada a casa de Filip Antónovich Pochechúev.
- DOBCHINSKY (INTERRUMPIENDOLO.) En busca de un barrilito de vodka francesa.
- BOBCHINSKY (APARTANDOLE CON LAS MANOS.) En busca de un barrilito de vodka francesa. Así que con Petr Ivánovich, nos dirigimos a casa de Pochechúev...¡Vamos, Petr Ivánovich!...¡No me interrumpa más, por favor, no me interrumpa! Fuimos a casa de Pochechúev, pero, por el camino, Petr Ivánovich me dijo: "Entremos en la posada. Tengo un hambre feroz...no he probado bocado desde la mañana...Y esta mañana han traído esturión fresco a la posada. Podemos comer a gusto." Y acabábamos de llegar a la posada, cuando de repente un joven...
- DOBCHINSKY (INTERRUMPIENDOLO.) De buen aspecto, con traje civil...
- BOBCHINSKY De buen aspecto, con traje civil, se paseaba así por la habitación y con un aire...una manera de actuar, y aquí...(SERALA CON LA MANO DERECHA CERCA DE LA FRENTE.) ...y que parecía saber de todo. Tuve un presentimiento y le dije a Petr Ivánovich: "Aquí hay gato encerrado." Eso es. Y Petr Ivánovich ya había llamado al posadero...a Vlas; la mujer de Vlas dió a luz hace tres semanas, y tienen un pequeño con tantos bríos...Será posadero como su padre, no cabe duda. Después de llamar a Vlas, Petr Ivánovich le preguntó en voz baja: "¿Quién es ese joven?" Y Vlas le contestó: "Ese es..." ¡No me interrumpa, por favor, Petr Ivánovich, no me interrumpa! Usted no lo sabe explicar como es debido, tiene una muela careada y le silba la voz. "Ese es ___dijo Vlas___ un joven funcionario...sí... un joven funcionario que viene de San Petersburgo ___dijo___ y se llama Iván Alexándrovich Jlestakóv, y viaja hacia la Gobernación de Sarátov, y actúa de una manera más extraña; ya van dos semanas que vive aquí, no sale de la posada, lo toma todo a crédito y no quiere pagar un solo centavo." Apenas me dijo eso, Dios me iluminó. "¡Eh!", le dije a Petr Ivánovich.
- DOBCHINSKY No, Petr Ivánovich. Fuf yo quien dijo: "¡Eh!"
- BOBCHINSKY Primero lo dijo usted y luego también lo dije yo. "¡Eh!", dijimos Petr Ivánovich y yo. "¿Por qué se estará tan tranquilo ese caballero cuando tiene que seguir viaje a Sarátov?" Eso es, eso es. De modo que es él, es ese funcionario.
- ALCALDE ¡Cómo! ¿Qué funcionario?
- BOBCHINSKY El funcionario sobre el que recibió una carta...El inspector.
- ALCALDE (CON TERROR.) ¿Qué dice? ¡Vamos, vamos! No es él.
- DOBCHINSKY ¡Es él! Ni paga ni sigue su viaje. ¿Quién podría ser sino él? Y su permiso de tránsito está dirigido a Sarátov.
- BOBCHINSKY Es él, le aseguro que es él...¡Es tan agudo! ¡No se le escapa nada!

Vió que Petr Ivánovich y yo comíamos esturión...más que nada porque Petr Ivánovich tenía hambre...y...¿Saben qué hizo? Pues bien... imiró en los platos! Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

ALCALDE ¡Dios mío! ¡Apiádate de nosotros, pecadores! ¿En qué habitación está?

DOBCHINSKY En el número cinco, debajo de la escalera.

BOBCHINSKY En la misma habitación donde riñeron esos oficiales el año pasado.

ALCALDE ¿Y está aquí desde hace mucho tiempo?

BOBCHINSKY Ya van dos semanas. Llegó el día de San Basilio.

ALCALDE ¡Dos semanas! (APARTE.) ¡Dios santo! ¡Sálvame, te lo ruego! ¡En esas dos semanas pegamos a la viuda del subteniente, dejamos a los presos sin comer, las calles están llenas de mugre! ¡Qué vergüenza, qué desastre!

A. FILIPOVICH Bueno, Antón Antónovich. ¿Vamos en procesión a la posada?

A. FEDOROVICH ¡No, no! Sería mejor que el grupo fuese encabezado por el clero y los comerciantes...

ALCALDE ¡No, no; permítanme! Otras veces me he visto en apuros y he salido airoso del trance y hasta me lo han agradecido. Quizá Dios me saque también de este atolladero. (VOLVIÉNDOSE HACIA BOBCHINSKY.) ¿Dice usted que el forastero es joven?

BOBCHINSKY Sí. Tendrá unos veintitrés o veinticuatro años de edad.

ALCALDE Mejor: resultará más fácil sonsacarlo. Lo malo es tratar con un zorro viejo: el joven lo tiene todo a flor de piel. Ustedes, señores, prepárense para hacer frente la situación por su lado, y yo iré solo o con Petr Ivánovich, como si diéramos un paseo, sin carácter oficial, para averiguar si atienden debidamente a la gente de la posada. ¡Eh, Svistunóv!

SVISTUNOV ¿Qué?

ALCALDE Ves a llamar al jefe de policía. ¡O, mejor, quédate! ¡Te necesito! Dile a alguien que me mande cuanto antes al jefe de policía y vuelve.

A. FILIPOVICH ¡Vamos, vamos, Amos Fédorovich! Realmente podría haber ocurrido una desgracia.

A. FEDOROVICH ¿Qué teme, Artemio Filipovich? Usted, con ponerles gorros limpios a sus enfermos, está tranquilo.

A. FILIPOVICH ¿Quién piensa en los gorros? Ordené que les dieran sopa de coles a los enfermos, y en los pasillos del hospital hay un olor como para taparse las narices.

A. FEDOROVICH Por ese lado, estoy tranquilo. En realidad...¿quién se asoma a un juzgado de provincias? Y si metiera las narices en un expediente, lo lamentaría toda su vida. Soy juez desde hace quince años, y cuando miro un escrito judicial...prefiero encogerme de hombros. El propio rey Salomón no sabría decidir, quién dice la verdad y quién miente.

(EL JUEZ, EL DIRECTOR DEL HOSPITAL, EL SUPERVISOR DE ESCUELAS Y EL JEFE DE CORREOS HACEN MUTIS Y CHOCAN EN LA PUERTA CON EL VIGILANTE QUE VUELVE.)

ESCENA IV

EL ALCALDE, BOBCHINSKY, DOBCHINSKY y el VIGILANTE

ALCALDE Bueno. ¿El coche está en la puerta?

VIGILANTE Sí que está.

- ALCALDE Vete a la calle...o no...imás vale que te quedes! Vete, tráeme... Pero...¿dónde están los demás? ¿Acaso eres el único? ¡Di orden de que también Projórov viniese! ¿Dónde está Projórov?
- VIGILANTE En una casa particular, pero no puede trabajar.
- ALCALDE ¿Por qué?
- VIGILANTE Pues porque esta mañana lo trajeron completamente borracho. Ya le han echado encima dos cubos de agua y no ha vuelto en sí.
- ALCALDE (COGIENDO LA CABEZA.) ¡Ay, Dios mío, Dios mío! Corre a la calle... O, no...Corre antes a mi habitación...¿Oyes?...Y tráeme la espada y el sombrero nuevo. ¡Vamos, Petr Ivánovich, de prisa!
- BOBCHINSKY Y yo, yo también...¡Permítame que vaya yo también, Antón Antónovich!
- ALCALDE ¡No, no, imposible, Petr Ivánovich, imposible! No resultaría que fuéramos tantos y además en el coche sólo hay sitio para los tres.
- BOBCHINSKY No se preocupe, no se preocupe: yo correré detrás del coche. Me conformo con mirar por la cerradura, asomarme por la puerta, ver cómo se comporta el forastero...
- ALCALDE (RECIBIENDO LA ESPADA, AL SARGENTO.) Ve corriendo y reúne a los vigilantes, que cada uno de ellos lleve...¡Oh, qué estropeada está mi espada! ¡Maldito sea Abdúlín! ¡Ve que el alcalde tiene su espada vieja y no es capaz de mandarle una nueva! ¡Vaya unos pillos que son esos comerciantes! Y con seguridad que todos ellos llevan su denuncia bajo la manga. Que cada uno de los vigilantes tome una escoba... y barra a conciencia toda la calle que lleva a la posada...¿Oyes? Y ten cuidado...¡Te conozco! Tienes la costumbre de apoderarte de las cucharitas de plata...¡Cuidado, que a mí no me engaña nadie! ¿Y qué has hecho con el comerciante Cherniájev? ¿Eh? ¡Cherniálev te dió un par de metros de paño para un uniforme y tú le robaste toda la pieza! ¡Cuidado! ¡No sisas de acuerdo con tu jerarquía! ¡Vete!

ESCENA V

Los mismos y el JEFE DE POLICIA

- ALCALDE ¡Ah! ¿Es usted, Stepán Ilitch? ¡Por amor de Dios! ¿Dónde estaba?
- J. DE POLICIA A un paso de aquí.
- ALCALDE ¡Escúcheme! Ha llegado ese funcionario de San Petersburgo. ¿Qué medidas ha tomado?
- J. DE POLICIA Las que me indicó. Mandé al sargento Púgovitzin con varios vigilantes a limpiar la calle.
- ALCALDE ¿Y dónde está Derjimórda?
- J. DE POLICIA Se ha ido con la bomba a apagar un incendio.
- ALCALDE ¿Y Projórov está borracho?
- J. DE POLICIA Borracho.
- ALCALDE ¿Y cómo se lo ha consentido?
- J. DE POLICIA ¡Vaya uno a saber! Ayer, hubo una pelea en los suburbios...y Projórov fué allí y volvió borracho.
- ALCALDE Escúcheme. Haga lo siguiente: al sargento Púgovitzin, que es tan alto, colóquelo en el puente; así, causará buena impresión. Haga limpiar a toda prisa esa vieja tapia que está junto al zaguán del remendón y que le pongan unas vigas, para que parezca que la están reparando. ¡Cuántas más obras públicas haya, más se nota la actividad del alcalde! ¡Ay, Dios santo! Ahora pienso que, junto a esa tapia hay una montaña de basura, como para llenar cuarenta carretas. ¡Qué pueblo éste! ¡Basta con levantar un monumento o una pared, para que le acumulen al lado toneladas de basura! (SUSPIRA.) Y si el

funcionario que acaba de llegar pregunta a nuestros empleados públicos si están contentos, todos deberán responder: "Muy contentos, Excelencia." Y el que no lo esté, ya verá lo que le pasa. ¡Oh, oh, pecador de mí, pecador de mí (EN LUGAR DEL SOMBRERO, TOMA UNA CAJA DE CARTON.) ¡Haz que pase pronto esto, Dios mío, y te pondré un cirio como no se ha visto nunca! ¡A cada uno de esos estúpidos comerciantes lo obligaré a mandarme diez kilos de cera! ¡Oh, Dios mío! ¡En marcha, Petr Ivánovich! (EN LUGAR DEL SOMBRERO QUIERE ENCASQUETARSE UNA CAJA DE CARTON.)

J. DE POLICIA Antón Antónovich, eso es una caja, no un sombrero.

ALCALDE (MIRANDO LA CAJA.) ¿Una caja? ¡Al diablo con ella! Y si preguntan por qué no hemos edificado de nuevo la capilla del hospital, para la cual hace años se destinó una suma de dinero, que no se olviden de decir que empezamos a construirla, pero que se quemó. Sobre ese asunto ya presenté un informe. ¡No lo olvide! De lo contrario, siempre podría decir algún imbécil que las obras ni siquiera se iniciaron. Y dígame a Derjimórda que no dé muchos puñetazos: para poner orden, acostumbra pavonarle los ojos a todo el mundo, lo mismo al culpable que al inocente. ¡Vamos, vamos, Petr Ivánovich! (FALSO MUTIS.) ¡Y no deje que salgan a la calle los soldados en ropas menores! Esos bribones se ponen la chaqueta sobre la camisa y abajo no hay nada.

(MUTIS GENERAL.)

ESCEÑA VI

ANA ANDREEVNA Y MARIA ANTONOVNA salen corriendo

A. ANDREEVNA ¿Dónde, dónde están? ¡Ay, Dios mío!... (ABRIENDO LA PUERTA.) ¡Marrido! ¡Antoñito! ¡Antón! (HABLANDO CON RAPIDEZ.) ¡Y tú tienes la culpa! ¡Que el alfiler, que la trenza, que...! ¡No había forma de terminar! (CORRE HACIA LA VENTANA Y GRITA.) ¡Antón! ¿Adónde vas? ¿Adónde vas? ¡Qué! ¿Ha llegado ya el inspector? ¿Tiene bigotes? ¿Qué bigotes?

V. DEL ALCALDE ¡Después, querida, después!

A. ANDREEVNA ¿Después? ¡Mira con lo que ahora sales! ¡Después!... ¡No quiero esperar!... Me basta con que me digas esto: ¿QUÉ es el forastero? ¿Coronel? ¿Eh? (CON DESDEN.) ¡Se marchó! ¡No olvidaré la perrería que me has hecho! Y tú tienes toda la culpa, Masha: "Mamita, mamita, espera; me falta recogerme la trenza; ya voy." ¡Ya lo ves! ¡Ahora nos hemos quedado sin saber nada! Y todo por tu maldita coquetería: apenas oíste decir que había llegado el jefe de Correos empezaste a hacer monadas ante el espejo, a mirarte por todos lados. Crees que te corteja y en realidad te hace muecas apenas le vuelves la espalda.

M. ANTONOVNA ¡Qué le vamos a hacer, mamita! De todos modos, dentro de dos horas lo sabremos todo.

A. ANDREEVNA ¿Dentro de dos horas? ¡Muchísimas gracias! ¡Lo que me extraña es que no se te haya ocurrido decir que dentro de un mes lo sabremos mejor! (SE ASONA A LA VENTANA.) ¡Eh, Avdótia! ¿Oíste decir si llegó alguien? ¿No? ¡Estúpida! ¿Dices que el alcalde te agitó las manos? ¿Y qué? ¿De todos modos, podías habérselo preguntado! ¡Pensar que no lograste averiguar algo tan sencillo! Es que tienes la cabeza a pájaros; sólo piensas en novios. ¿Qué dices? ¿Que se fueron pronto? ¡Hubieras seguido al birlocho! ¡Corre, corre inmediatamente! Pregunta qué forastero es ése, si es guapo...¿Comprendes? Mira por el ojo de la cerradura y averígualo todo: qué ojos tiene, si son negros o no, y vuelve al instante...¿Me oyes? ¡Date prisa, corre, corre! (SIGUE GRITANDO HASTA QUE HA BAJADO TOTALMENTE EL TELON, QUE CUBRE A MADRE E HIJA, QUE ESTAN ASONADAS A LA VENTANA.)

ACTO II

Pequeña habitación de posada. Una cama, una mesa, una maleta, una botella vacía, unas botas, un cepillo, etc.

ESCENA PRIMERA

OSIP, tumbado sobre la cama de su amo

OSIP

¡Diablos! ¡Qué hambre tengo, qué alboroto en mi estómago! Se diría que todo un regimiento está tocando diana. ¡Creo que, a este paso, no llegaremos a casa! ¡Qué le vamos a hacer! ¡Ya hace dos meses que salimos de San Petersburgo! ¡Por el camino, el pobre diablo de mi amo perdió todo su dinero a los naipes y ahora se está sentado aquí muy quietecito, con el rabo entra las piernas, y le pone al mal tiempo buena cara. Y ya podríamos estar en casa, pero el muy engreído tenía que exhibirse en todas partes. (HACIENDOLE BURLA A SU AMO.) "¡Eh, Osip! ¡Pide la mejor habitación y encárgame el mejor almuerzo! No aguanto un mal almuerzo; necesito lo mejor que haya." ¡Y vaya, pase si fuera un alto funcionario! Pero... ¡qué! ¡Si es un cualquiera! Trabé relación con otro pasajero, se fué de cabeza a las barajas... ¡y aquí estamos! ¡Ah! ¡Ya estoy harto de esta vida! En el campo se vive mejor, ya lo creo: no hay tanta sociedad, pero menos preocupaciones. Basta con conseguirse una buena moza y uno se pasa la vida tirado por ahí comiendo pastelillos. Bueno... ¡Claro que la vida de San Petersburgo es mejor. Si uno tiene dinero, es fantástico; se da la gran vida, una vida muy refinada y de gran tren: hay teatros, uno ve números raros y todo lo que le da la gana. ¡Se habla un lenguaje tan florido entre los nobles!... Uno va al barrio comercial y lo saludan a gritos desde sus puertas; cuando hay que cruzar el río en lancha, se viaja en compañía de un funcionario; si uno se aburre, entra en un negocio y allí algún caballero le cuenta cosas de la guerra y le explica la significación de cada estrella del cielo, como si las tuviera sobre la palma de la mano. Y, a veces, entra alguna vieja con una doncella que... ¡vamos!... (RIE Y MENEA LA CABEZA.) ¡Lo tratan como si fuera un aristócrata! Nunca se oye una sola palabra descortés: me llaman de "usted". Si me canso de andar, tomo un coche y me paseo como un gran señor, y si no quiero pagarle al cochero pus no le pago: todas las casas tienen dos puertas y luego que me echen un galgo. Sólo hay de malo que unos días se come como un príncipe y otros se muere uno de hambre, como ahora. Y al amo tiene la culpa de todo. ¿Qué hacer con él? Su padre le manda dinero y le bastaría con conservarlo, pero... ¡qué! ¡Vaya pinta! Coche a cada momento, le compro billetes para el teatro a diario y a la semana... ¡izas!... me manda a empeñar el frac nuevo. A veces empeña hasta su camisa y se queda en ropas menores y abrigo. ¡Palabra de honor! ¡Y pensar que todas sus prendas de vestir son de tan buen paño! ¡Paño inglés nada menos! El frac solamente vale ciento cincuenta rublos, y en el empeño sólo le dan veinte; y de los pantalones no hablemos..., ¡le dan cualquier cosa! Y todo ¿Por qué? Por que no se ocupa en nada serio: en lugar de dedicarse a su trabajo, se pasa el tiempo paseándose por la Perspectiva Névsky y jugando a los naipes. ¡Si lo supiera el viejo amo! Aunque seas un funcionario, ángel mío, te levantaría la camisa y te daría una azotaina de esas que te obligarían a guardar cama cuatro días consecutivos. ¡El funcionario debe ser un funcionario, qué demonios! Y ahora el posadero dice que no nos dará de comer mientras no le hayamos pagado lo que le debemos. ¿Y si no le pagamos? (CON UN SUSPIRO.) ¡Ay, Dios mío! ¡Si nos diera aunque sólo fuesen unas coles! Me parece que, en este momento, yo sería capaz de engullirme al mundo entero. Llaman a la puerta: debe ser él.

(SE LEVANTA PRECIPITADAMENTE DE LA CAMA.)

ESCENA II

OSIP y JLESTAKOV

JLESTAKOV

Vamos, toma esto. (LE DA EL SOMBRERO Y EL BASTONCITO DE BAIBU.)
¿Has vuelto a revolcarte en mi cama?

OSIP

¿Y para qué habría de revolcarte? ¿Acaso es la primera vez que veo una cama?

- JLESTAKOV Mientes, te has revolcado. ¿Ves? ¡Está toda hecha un asco!
- OSIP ¿Y para qué la quiero? ¿Cree que no sé lo que es una cama? Tengo piernas: puedo estar de pie. ¿Para qué quiero su cama?
- JLESTAKOV (DANDO VUELTAS POR LA HABITACION.) Mira la tabaquera. ¿No queda más tabaco?
- OSIP ¿Cómo quiere que haya? Hace cuatro días se fumó lo poco que quedaba.
- JLESTAKOV (SE PASEA Y ARPIETA LOS LABIOS; POR FIN DICE CON VOZ SONORA Y TONO DECIDIDO.) Oye...¡Eh, Osip!
- OSIP ¿Qué quiere?
- JLESTAKOV (CON VOZ MUCHO MAS BAJA, PERO TONO MENOS DECIDIDO.) Ve allí.
- OSIP ¿Adónde?
- JLESTAKOV (CON VOZ MUCHO MAS BAJA Y EN LA QUE YA NO SE NOTA LA MENOR DECISION Y SE ADVIERTE ALGO MUY PROXIMO A UNA SUPLICA.) Abajo, a la cocina... Díles...que me den de almorzar.
- OSIP No, no quiero ir.
- JLESTAKOV ¿Cómo te atreves a contestarme así estúpido?
- OSIP Pues me atrevo; de todas maneras, aunque fuera no serviría para nada. El posadero dijo que ya no nos daría de comer.
- JLESTAKOV ¿Cómo que no? ¡Vaya una tontería!
- OSIP Y, además, dice que piensa denunciar el caso al alcalde: hace ya tres semanas que estamos aquí sin pagar. "Tú y tu amo me dijo sois unos bribones..., y tu amo es un estafador. Ya hemos visto pícaros y sinvergüenzas de esa calaña."
- JLESTAKOV Y a ti te gusta repetírmelo apenas lo has oído, bestia.
- OSIP Y también me dijo: "Así, cualquiera puede vivir como si fuera príncipe y endeudarse; y después, uno ni siquiera puede echarlo. A mí no me gustan las bromas. Iré derecho a denunciaros para que os llamen a declarar y luego a la cárcel."
- JLESTAKOV ¡Vamos, vamos, tonto! ¡Basta! Díselo. ¡Vaya un animal y un bruto!
- OSIP Más vale que llame al posadero para que venga aquí.
- JLESTAKOV ¿Para qué? Ve a decírselo tú.
- OSIP Más vale, señor.
- JLESTAKOV Vamos, vamos. ¡Ve al diablo! Llama al posadero. (OSIP SALE.)

ESCENA III

JLESTAKOV solo

- JLESTAKOV ¡Tengo un hambre que me muero! Di un paseo, confiando en perder el apetito..., ¡y nada, qué diablos, no se va ni por asomo! A no ser por la juerga de pensa, me habría alcanzado el dinero para llegar a casa. Aquel capitán de infantería me maltrató de veras. ¡Qué modo de sacar ases! ¡Qué bárbaro! Sólo habíamos jugado un cuarto de hora, a lo sumo..., y me dejó en la calle. Y, con todo, me gustaría volver a medirme con él. Pero no hay oportunidad. ¡Qué pueblecito de mala muerte! En las despensas no fían nada. ¡Qué canallas! (SILBA LOS COMPASES INICIALES DE "ROBERTO EL DIABLO", LUEGO OTRA MELODIA DE MODA Y, FINALMENTE, ALGO QUE NI FU NI FA.) Se nota que nadie quiere venir.

ESCENA IV

JLESTAKOV, OSIP y el CAMARERO de la posada

- CAMARERO El amo pregunta qué quiere.
- JLESTAKOV ¡Hola, hermano! ¿Cómo estás?
- CAMARERO Bien, a Dios gracias.
- JLESTAKOV Y...¿qué tal? ¿Va bien la posada? ¿Todo va bien?
- CAMARERO Sí. A Dios gracias, todo va bien.
- JLESTAKOV ¿Muchos huéspedes?
- CAMARERO Sí, bastantes.
- JLESTAKOV Oye. Hasta ahora no me han traído el almuerzo; de modo que mételes prisa. Después de almorzar tengo trabajo...¿Me entiendes?
- CAMARERO El amo dice que no les mandará más de comer. En realidad quería hoy ir a quejarse al alcalde.
- JLESTAKOV ¿A quejarse? ¿De qué? Comprenderás, querido, que yo necesito comer. Si no comiera, podría adelgazar. Tengo muchas ganas de comer; te lo digo en serio.
- CAMARERO Sí, señor. El amo dice: "No le daré de comer mientras no me haya pagado lo que debe." Eso fué lo que contestó.
- JLESTAKOV Pues convéncelo.
- CAMARERO ¿Qué quiere que le diga?
- JLESTAKOV Hazle comprender, seriamente, que necesito comer. El dinero es el dinero. Pero esto ya es otra cosa. El patrón cree que como a él, un campesino, no le importa pasarse un día sin comer, a los demás les pasa lo mismo. ¡Vaya una idea!
- CAMARERO Bueno, se lo diré.

ESCENA V

JLESTAKOV solo

- JLESTAKOV Las cosas se pondrán muy feas si no me manda nada. Tengo más hambre que nunca. ¿Y si vendiera algo de ropa? ¿Los pantalones, por ejemplo? No, más vale pasar hambre, pero llegar a casa con el traje de San Petersburgo. Es una lástima que Joachim no me haya alquilado el coche. ¡Habría sido magnífico volver a casa en coche y visitar como un magnate a algún vecino hacendado y llegar a su puerta con los faroles encendidos y con Osip sentado en el pescante, de librea! ¡Que alboroto hubiera causado! ¡Qué alboroto hubiera causado! "¿Quién es, qué pasa?" Y entonces entra el lacayo (SE CUADRA, ENCARNANDO AL LACAYO): "Iván Aleksándrovich Jlestakóv, de San Petersburgo. ¿Se sirve recibirlo?" ¡Esos pobres diablos ni siquiera saben qué significa "se sirve recibirlo"! ¡Cuando viene a visitarlos algún hacendado, el muy oso entra derechito a la sala! Y luego, uno se acercaría a alguna de sus lindas hijas y le diría: "Señorita, yo..." (SE FROTA LAS MANOS Y HACE UNA REVERENCIA CON AIRE GALANTE.) ¡Al demonio! (ESCUPE.) ¡Tengo tanta hambre, que hasta me dan náuseas!

ESCENA VI

JLESTAKOV, OSIP y el CAMARERO

- JLESTAKOV ¿Y qué?
- OSIP Traen el almuerzo.
- JLESTAKOV (SE LEVANTA DE LA SILLA CON UN SALTITO DE ALEGRÍA.) ¡Lo traen! ¡Lo traen! ¡Lo traen!

- CAMARERO (CON PLATOS Y UNA SERVILLETA.) El dueño lo manda por última vez.
- JLESTAKOV Tu patrón, tu patrón... ¡Bueno, que se vaya al diablo tu patrón! ¿Qué traes?
- CAMARERO Sopa y estofado.
- JLESTAKOV ¡Cómo! ¿Sólo dos platos?
- CAMARERO Sólo dos platos.
- JLESTAKOV ¡Qué absurdo! Esto no lo admito. ¡Dile que me parece ridículo!... Es poquísimos.
- CAMARERO No, el patrón dice que hasta eso es demasiado.
- JLESTAKOV ¿Y por qué no hay salsa?
- CAMARERO No hay salsa.
- JLESTAKOV ¿Por qué? Yo mismo vi al pasar por la cocina que preparaban muchísima salsa. Y esta mañana, en el comedor, vi a dos tipos bajitos que comían esturión y otras cosas de no sé qué.
- CAMARERO Bueno, de eso hay, pero no hay.
- JLESTAKOV ¿Cómo que no hay?
- CAMARERO Pues no hay.
- JLESTAKOV ¿Y el esturión y el pescado y las albóndigas?
- CAMARERO Eso es para los más limpios.
- JLESTAKOV ¡Ah, imbécil!
- CAMARERO Sí, señor.
- JLESTAKOV ¡Cerdo...! ¿Cómo se explica que ellos coman y yo no? ¿Por qué no puedo? ¿Acaso no son huéspedes como yo?
- CAMARERO Creo que no.
- JLESTAKOV ¿Pues qué son?
- CAMARERO ¡Ya se sabe! Ellos son de los que pagan.
- JLESTAKOV No quiero discutir contigo, idiota. (SE SIRVE SOPA Y COME.) ¿Qué sopa es ésta? Simplemente agua en la taza. Esto no tiene ningún sabor; sólo huele mal. No quiero esta sopa; tráeme otra.
- CAMARERO Me la llevaré. El amo me dijo: "Si no la quiere, te la llevas."
- JLESTAKOV (DEFENDIENDO LA COMIDA CON LAS MANOS.) Vamos, vamos... ¡Déjame! Estás acostumbrado a tratar así a los demás, pero yo soy distinto, hermano. ¡No te aconsejo que me trates así! (COME.) ¡Dios mío, qué sopa! (SIGUE COMIENDO.) ¡Creo que nadie ha comido aún semejante sopa! En lugar de aceite, nadan unas plumas. (CORTA EL POLLO.) ¡Ay, ay, vaya un pollo! ¡Dame el estofado! Ahí ha quedado un poco de sopa. Cómetela, Osin. (CORTA EL ESTOFADO.) ¿Qué estofado es éste? Esto no es estofado.
- CAMARERO ¿Y qué es entonces?
- JLESTAKOV No sé qué diablos es, pero no es estofado. Es una porquería guisada en el horno. (COME.) ¡Bribones, canallas! ¿Qué le dan de comer a la gente? Basta comer un pedacito para que duela la mandíbula. (SE HURGA LOS DIENTES CON EL DEDO.) ¡Pilletes! Se diría que uno ha comido madera, pues no hay modo de sacarlo; y hasta los dientes se ponen negros después de semejantes platos. ¡Miserables! (SE LIMPIA LA BOCA CON LA SERVILLETA.) ¿No hay nada más?
- CAMARERO No.

JLESTAKOV ¡Canallas, desalmados! Si por lo menos hubiesen agregado alguna salsa o un pedazo de pastel... ¡Holgazanes! Lo único que saben hacer es desplumar a los huéspedes.

(EL CAMARERO LIMPIA LA MESA Y SE LLEVA LOS PLATOS EN COMPANIA DE OSIP.)

ESCENA VII

JLESTAKOV; luego OSIP

JLESTAKOV Igual que si no hubiera comido; apenas si se me ha abierto el apetito. Si tuviera unas monedas, masdaría al mercado a comprar una perdiz.

OSIP (ENTRANDO.) Acaba de llegar, para no sé qué, el alcalde; está haciendo averiguaciones y pregunta por usted.

JLESTAKOV (ASUSTADO.) ¡Zas! ¡Ese bruto del posadero ya tuvo tiempo de denunciarme! ¿Y si realmente me mandaran a la cárcel? Bueno... Si lo hicieran decorosamente, yo quizá... ¡No, no, no quiero! En este pueblo hay oficiales y vive mucha gente, y para colmo, me di ínfulas y le guiñé el ojo a la hija de un comerciante. No, no quiero... Pero... ¿qué se ha creído ése? ¿Cómo se atreve? ¿Cree que podrá tratarme como a un comerciante o a un artesano cualquiera? (COBRANDO BRIOS E IRGUIÉNDOSE.) Le diré, sin rodeos: "¿Cómo se atreve? ¿Cómo es que usted...?" (GIRA EL PICAPORTE DE LA PUERTA. JLESTAKOV PALIDECE Y SE ENCOGE.)

ESCENA VIII

JLESTAKOV, el ALCALDE y DOBCHINSKY

(EL ALCALDE ENTRA Y SE DETIENE. AMBOS, ASUSTADOS, SE MIRAN FIJAMENTE CON LOS OJOS DILATADOS DE TERROR.)

ALCALDE (SE REPONE UN POCO Y SE CUADRA.) ¡Mis saludos y mis mejores deseos!

JLESTAKOV (INCLINÁNDOSE.) ¡Servidor!

ALCALDE Disculpe...

JLESTAKOV No hay de qué...

ALCALDE Mi deber, como alcalde de este pueblo, es preocuparme de que no se moleste a los huéspedes y demás personas respetables...

JLESTAKOV (COMIENZA CON UN LEVE TARTAMUDEO, PERO AL FINAL HABLA CON VOZ SONORA Y ROTUNDA.) ¿Qué quiere que haga?... No tengo la culpa... Le aseguro que pagaré. Me mandarán dinero de casa. (BOBCHINSKY ASOMA LA CABEZA POR LA PUERTA.) La culpa, en realidad, la tiene él; me da una carne dura como una piedra; y la sopa... ¡vaya uno a saber qué pone ahí! Tuve que tirarla por la ventana. Me mata de hambre durante días enteros... ¡Su té es asqueroso!... Huele a pescado. ¿Por qué yo habría de...? ¡Vaya una ocurrencia!

ALCALDE (INTIMIDADO.) Disculpe; la verdad es que no tengo la culpa. La carne de nuestro mercado es siempre buena. La traen los comerciantes de tierra adentro, gente que no bebe y de buena conducta. Francamente, no sé de dónde saca esa carne el posadero. Y si no es así... permítame que lo invite a trasladarse conmigo a otro domicilio.

JLESTAKOV ¡No, no quiero! Ya sé qué significa ese otro domicilio: usted se refiere a la cárcel. Pero... ¿con qué derecho me lo propone? ¿Cómo se atreve? Soy un funcionario de San Petersburgo... (COBRANDO ANIMOS.) ¡Yo, yo, yo...!

ALCALDE (APARTE.) ¡Oh, Dios mío! ¡Cómo está! ¡Ya lo sabe todo, ya se lo han contado todo esos malditos comerciantes!

JLESTAKOV (ENVALENTONÁNDOSE.) Aunque usted venga a buscarme aquí con todos sus guardias... ¡no iré! ¡Me quejaré al ministro! (DESCARGA UN PURETAZO SOBRE LA MESA.) ¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve?

- ALCALDE (CUADRANDOSE Y TEMBLANDO DE LA CABEZA A LOS PIES.) ¡Perdóneme! ¡Tenga compasión de mí! ¡Tengo mujer e hijos pequeños!... ¡No haga desgraciado a un hombre para toda la vida!
- JLESTAKOV No, no quiero. ¡Vaya una ocurrencia! ¿Y a mí qué me importa? ¿Por el hecho de que tenga mujer e hijos debo ir yo a la cárcel? ¡Muy bonito! (BOBCHINSKY ASOMA LA CABEZA CON AIRE ASUSTADO Y VUELVE A DESAPARECER.) No, muchísimas gracias; no quiero.
- ALCALDE (TEMBLANDO.) Todo ha sido por falta de experiencia, se lo juro; por mera inexperiencia. Usted comprenderá: el sueldo no nos llega ni siquiera para el té y el azúcar. Si hubo soborno fué alguna pequeñez; una bagatela para la mesa y un corte de paño para hacerse un traje. En cuanto a esos rumores de que mandé pegar a la viuda de un subteniente que se dedica al comercio, es una calumnia; por Dios se lo juro, una calumnia. La hen inventado esos malditos que se persiguen; son gente tan mala, que sería capaz de atentar contra mi vida.
- JLESTAKOV ¿Y a mí qué? No tengo que ver con ellos...(MEDITATIVO.) Pero no entiendo para qué me habla de malvados y de no sé que viuda de un subteniente. Usted podrá hacer azotar a la viuda de un subteniente, pero conmigo no se atreverá... ¡Estaría bueno! Yo pagaré, pagaré lo que debo, pero en este momento no tengo dinero. Por eso estoy aquí precisamente, porque no tengo dinero.
- ALCALDE (APARTE.) ¡Mirenlo! ¡Vaya un lince! ¡Ha urdido un galimatías que cualquiera lo entiende! No sé por dónde agarrarlo. ¡Es un ladino! Bueno, suceda lo que suceda. Probaré. (EN VOZ ALTA.) Si usted necesita realmente dinero o cualquier otra cosa, estoy a su disposición. Mi deber es ayudar a los huéspedes que llegan a este pueblo.
- JLESTAKOV ¡Présteme, sí, présteme algún dinero! Le pagaré inmediatamente al posadero. Me bastará con doscientos rublos y aun con menos.
- ALCALDE (TENDIENDOLE LOS BILLETES.) Doscientos justitos; ni siquiera vale la pena de que los cuente.
- JLESTAKOV (TOMANDO EL DINERO.) Agradecidísimo. Se los mandaré apenas haya llegado a mi pueblo... Ha sido un imprevisto... Ya veo que es usted hombre bien nacido. Ahora el asunto cambia.
- ALCALDE (APARTE.) ¡Bueno, menos mal! ¡Aceptó el dinero! Me parece que esto marchará sobre riales. En lugar de doscientos, le endosaré cuatrocientos.
- JLESTAKOV ¡Eh, Osip! (ENTRA OSIP.) ¡Llama al camarero! (AL ALCALDE Y A DOBCHINSKY.) ¿Por qué están de pie? Háganme el favor, siéntense, se lo ruego.
- ALCALDE No se preocupe; nos quedaremos de pie.
- JLESTAKOV Les ruego que se sienten. (AL ALCALDE.) Ahora veo la sinceridad de su carácter y la bondad de su corazón, y yo que creía que había venido para llevarme a...(A DOBCHINSKY.) ¡Siéntese! (EL ALCALDE Y DOBCHINSKY SE SIENTAN. BOBCHINSKY SE ASOMA POR LA PUERTA Y ESCUCHA.)
- ALCALDE (APARTE.) Hay que ser más valiente. Quiere conservar el incógnito. Bueno, yo fingiré también; haré la comedia de que ignoro quién es. (EN VOZ ALTA.) Al pasearme, en cumplimiento de nuestro deber, en compañía del aquí presente Petr Ivánovich Dóbchinsky, comerciante local, entré ex profeso en la posada para averiguar si trataban bien a los pasajeros. Porque no soy uno de esos alcaldes a quienes no les importa nada de nada; al margen de mi deber, por mero espíritu cristiano y humanidad, quiero que a todos los mortales los reciban bien..., y he aquí cómo la suerte me ha hecho trabar una amistad tan agradable.
- JLESTAKOV También yo me alegro mucho. De no haber sido por usted, yo, lo confieso, me habría quedado durante mucho tiempo aquí... Francamente, no sabía cómo pagar mi deuda.

- ALCALDE (APARTE.) ¡Sí, a otro perro con ese hueso! (EN VOZ ALTA.) Si no es indiscreción..., ¿Podría preguntarle adónde va?
- JLESTAKOV A la gobernación de Saratov, a la aldea de nuestra propiedad.
- ALCALDE (APARTE, CON IRONIA.) ¡A la gobernación de Saratov! ¡Ajá! ¡Y no se ruboriza al mentir! ¡Este es de los que hilan fino! (EN VOZ ALTA.) Buena idea. Aunque dicen que se pasan malos ratos con los relevos de las postas, también uno se distrae, no cabe duda. Porque supongo que usted viaja por placer..., ¿verdad?
- JLESTAKOV No, me llama mi padre. Está porque no he progresado hasta ahora en la administración pública, allá en San Petersburgo. Es uno de esos hombres que creen que, apenas llega uno, le ponen una condecoración en la solapa. ¡Con qué ganas lo mandaría yo a las oficinas públicas para que viera lo que es bueno!
- ALCALDE (APARTE.) ¡Vaya cuentos que imagina! Hasta metió en danza a un padre entrado en años. (EN VOZ ALTA.) ¿Y se ausenta usted por mucho tiempo?
- JLESTAKOV Francamente, no lo sé. Mi padre es terco y tonto, lo que se llama un alcornoque. Pienso decirle sin rodeos: "Di lo que te parezca, pero yo no puedo vivir sin San Petersburgo." Y, realmente..., ¿por qué he de estropearme la vida viviendo entre campesinos? Ahora tengo otras necesidades: mi alma ansía ilustración.
- ALCALDE (APARTE.) ¡Buen mejunje! ¡Miente, miente...! ¡Y fresco como una lechuga! Y pensar que es tan insignificante... ¡Podría aplastarlo con la uña! Bueno, espera, hijo mío! Yo te sonsacaré más. ¡Te obligaré a decir más! (EN VOZ ALTA.) Su observación es muy exacta. ¿Qué se puede hacer en esas soledades? Tomemos este pueblo, por ejemplo. Uno se desvela de noche trabajando por la patria, se sacrifica sin escatimar esfuerzos, pero no sabe cuándo se verá premiado. (PASEA LA MIRADA POR LA HABITACION.) Este cuarto parece algo húmedo..., ¿no es cierto?
- JLESTAKOV Es detestable. Y con unos chinches como no los he visto en ninguna parte: muerden como perros.
- ALCALDE ¡Es increíble! Un pasajero tan importante y tiene que pasar tan malos ratos... ¿Y por culpa de quién?... ¡De unos asquerosos chinches que no merecían haber nacido! Me parece que aquí ni siquiera hay luz..., ¿verdad?
- JLESTAKOV Ni pizca de luz. El posadero se ha acostumbrado a no mandarme velas. A veces yo quisiera hacer algo, leer... o escribir algo..., y no puedo; esto es oscuro, oscurísimo.
- ALCALDE Sí me atreviera a pedirle...; pero no, no soy digno de semejante honor.
- JLESTAKOV Pero... ¿a qué se refiere?
- ALCALDE ¡No, no! ¡No soy digno, no soy digno!
- JLESTAKOV Pero... ¿a qué se refiere?
- ALCALDE Si me atreviera... En casa podría ofrecerle un hermoso cuarto con mucha luz, tranquilo... Pero no; comprendo que sería excesivo honor. ¡No se enoje, por amor de Dios...! Se lo he ofrecido por que soy todo corazón.
- JLESTAKOV Por el contrario, tendré mucho gusto. Me sentiré mucho mejor en una casa particular que en esta posada.
- ALCALDE ¡Cuánto me alegro! ¡Y me imagino la satisfacción de mi mujer! Eso ya es una costumbre mía: soy hospitalario desde niño, sobre todo cuando el huésped es una persona culta. No crea que se lo digo para lisonjearlo; no, no tengo ese vicio; hablo de corazón.

JLESTAKOV Muy agradecido. A mí tampoco me gustan los hipócritas. Me agradan mucho su franqueza y bondad. Y confiezo que me conformaría con eso: con la fidelidad y el respeto, el respeto y la fidelidad.

ESCENA IX

Dichos y el CAMARERO, acompañado por OSIP

CAMARERO ¿Se sirvió usted llamar?

JLESTAKOV Sí: la cuenta.

CAMARERO Ya se la he dado.

JLESTAKOV No recuerdo tus estúpidas cuentas. Habla. ¿Cuánto debo?

CAMARERO Usted pidió almuerzo el día de su llegada y al día siguiente comió esturión, y desde entonces todo lo ha tomado a crédito.

JLESTAKOV ¡Imbécil! Ahora se te ocurre hacer cálculos. ¿Cuánto te debo en total?

ALCALDE No se preocupe; puede esperar. (AL CAMARERO.) Vete; ya se te mandará el dinero.

JLESTAKOV Después de todo, tiene razón. (GUARDA EL DINERO. EL CAMARERO SE VA. BOBCHINSKY SE ASOMA POR LA PUERTA.)

ESCENA X

ALCALDE, JLESTAKOV y DOBCHINSKY

ALCALDE ¿No querría ahora inspeccionar algunos establecimientos de nuestro pueblo..., el hospital, por ejemplo?

JLESTAKOV ¿Para qué?

ALCALDE Pues...para ver cómo administramos las cosas..., el orden que hay...

JLESTAKOV Con muchísimo gusto estoy a su disposición. (BOBCHINSKY ASOMA LA CABEZA POR LA PUERTA.)

ALCALDE Además, si lo desea, podemos visitar la escuela y verá cómo se dictan los cursos aquí.

JLESTAKOV ¡Cómo no, cómo no...!

ALCALDE Luego, si quiere, visitaremos la cárcel...Verá cómo viven los presos.

JLESTAKOV ¿La cárcel? ¿Para qué? Más vale que visitemos el hospital.

ALCALDE Como guste. ¿Prefiere viajar en su coche o conmigo en carrito?

JLESTAKOV Iré más bien con usted.

ALCALDE (A DOBCHINSKY.) Bueno, Petr Ivánovich. Ahora ya no queda sitio para usted.

DOBCHINSKY No importa; iré así, así no más.

ALCALDE (EN VOZ BAJA A DOBCHINSKY.) Escúcheme: corra, pero corra de veras, con toda su alma, y lleve estas dos notas: la una a Zemliánika, al hospital, y la otra a mi mujer, (A JLESTAKOV.) ¿Puedo pedirle permiso para escribirle, en su presencia, dos líneas a mi esposa, a fin de que se disponga a recibir a tan respetable huésped?

JLESTAKOV ¿Para qué?... Bueno, si lo desea, aquí tiene la tinta, pero en cuanto a papel..., no sé...¿Quiere usar esta misma cuenta?

- ALCALDE Aquí mismo lo escribiré. (ESCRIBE Y MIENTRAS TANTO DICE PARA SI.) ¡Ya veremos cómo marchan las cosas después de una buena comida y una botella de vino añejo! Tenemos por ahí un madeira que parece ligerito, pero engañoso: es capaz de derribar a un elefante. Me bastaría con saber los puntos que calza este hombre y si es de cuidado. (TERMINADA LA MISIVA, SE LA DA A DOBCHINSKY, EL CUAL SE DISPONE A SALIR, PERO EN ESE INSTANTE LA PUERTA SE DESPRENDE DE SUS GOZNES Y BOBCHINSKY, QUIEN HABIA ESTADO ESCUCHANDO DESDE EL OTRO LADO, SE DESPLOMA CON ELLA SOBRE EL ESCENARIO. TODOS PROFIEREN EXCLAMACIONES. BOBCHINSKY SE LEVANTA.)
- JLESTAKOV ¡No se habrá lastimado usted!
- BOBCHINSKY No, no, en absoluto; sólo me magullé un poco la nariz. Haré una escapadita a ver a Chistián Ivánovich; tiene unos emplastos que curan esas cosas en un santiamén.
- ALCALDE (CON UN GESTO DE REPROCHE A BOBCHINSKY, LE DICE A JLESTAKOV.) No es nada. ¡En marcha, se lo ruego! Le diré a su criado que lleve la maleta. (A OSIP.) Amigo mío, llévalo todo a mi casa, la casa del alcalde...; te la indicará cualquiera. ¡Pase, se lo ruego! (HACE PASAR A JLESTAKOV Y LO SIGUE, PERO SE VUELVE Y LE DICE CON TONO DE CENSURA A BOBCHINSKY.) ¡Vaya! ¿No encontró usted mejor lugar donde caer? ¡Y qué manera de estirarse! (MUTIS; LO SIGUE BOBCHINSKY. BAJA EL TELON.)

ACTO III

La misma habitación del primer acto

ESCENA PRIMERA

ANA ANDREEVNA Y MARIA ANTONOVNA ambas de pie
junto a la ventana en la misma actitud en que las sorprendiera el final del primer acto

- A. ANDREEVNA Hace ya una hora que estamos esperando. ¡Y pensar que tú, con tu coquetería estúpida, eres culpable de que nos hayamos sin saber nada! ¡Qué fastidio! ¡No pasa nadie! ¡Se diría que todo el mundo ha muerto!
- M. ANTONOVNA Te aseguro, mamita, que dentro de dos minutos lo sabremos todo. Avdótia debe llegar de un momento a otro. (MIRA POR LA VENTANA Y PROFIERE UN GRITO.) ¡Ay, mamita, mamita! Alguien viene al final de la calle.
- A. ANDREEVNA ¿Dónde, dónde lo ves? ¡Tú siempre soñando! Bueno, sí, alguien viene. ¿Quién será? Bajito..., de frac... Pero... ¿quién será? ¡Cómo me fastidia no saberlo! ¿Quién será?
- M. ANTONOVNA ¡Mamita, es Dóbchinsky!
- A. ANDREEVNA ¡Qué ha de ser Dóbchinsky! A ti siempre se te ocurren unas cosas... ¡No es Dóbchinsky ni nada que se le parezca! (AGITA EL PAÑUELO.) ¡Eh, oiga, venga aquí de prisa!
- M. ANTONOVNA Es Dóbchinsky realmente, mamita.
- A. ANDREEVNA Bueno, sí, es Dóbchinsky, lo veo... ¿A qué tanta discusión? (GRITA POR LA VENTANA.) ¡Pronto, pronto! ¡Ande más de prisa! Bueno... ¿Dónde están los demás? ¿Eh? Pero contésteme desde ahí, tanto da. ¿Y es muy serio el forastero? ¿Eh? ¿Y mi marido, mi marido? (APARTÁNDOSE UN POCO DE LA VENTANA CON FASTIDIO.) ¡Qué estúpido! ¡No cuenta nada antes de llegar aquí!

ESCENA II

Las mismas y DOBCHINSKY

- A. ANDREEVNA Vamos, dígame, por favor. ¿No tiene vergüenza? Yo le tenía confianza, lo creía un hombre decente. ¡Y de pronto, todos se escapan y usted se va con ellos! Y yo no comprendo nada de lo que sucede. ¿No tiene vergüenza? ¡Soy la madrina de sus dos hijitos, y mire qué manera de portarse conmigo!

- DOBCHINSKY ¡Por Dios, señora. He venido con tanta prisa a presentar mis respetos, que todavía estoy sin aliento. ¿Cómo se encuentra, María Antónovna?
- M. ANTONOVNA Buenos días, Petr Ivánovich.
- A. ANDREEVNA Bueno...¿Y qué pasa? ¡Cuenta! ¿Qué ocurre allí?
- DOBCHINSKY Antón Antónovich le manda una misiva.
- A. ANDREEVNA Bueno, pero...¿Qué tal es? ¿Es un general?
- DOBCHINSKY No, no es un general, pero vale tanto como si lo fuera. ¡Es tanta su educación y finura! Y se porta de una manera tan importante.
- A. ANDREEVNA ¡Ah! ¿De modo que es la misma persona sobre el cual le escribieron a mi marido?
- DOBCHINSKY El mismo. Yo fui el primero en notarlo, junto con Petr Ivánovich.
- A. ANDREEVNA Bueno, cuéntemelo todo.
- DOBCHINSKY A Dios gracias, todo va bien. Al principio, el visitante acogió a Antón Antónovich con mucha severidad; se enojó y dijo que en la pasada todo marchaba mal y que no iría a casa de Antón Antónovich, y que no quería ir a la cárcel por él; pero luego, al ver la inocencia de Antón Antónovich y después de hablar con él, cambió de idea y, a Dios gracias, todo marchó bien. Ahora, han ido a visitar el hospital...Por un momento, Antón Antónovich temió que hubiera recibido ya una denuncia; yo mismo también me asusté.
- A. ANDREEVNA ¿Y por qué habría de asustarse? Usted no es empleado público.
- DOBCHINSKY Bueno, le diré...Cuando habla un hombre de tanta importancia, uno siente miedo.
- A. ANDREEVNA Vamos...Esas son tonterías. Cuénteme...¿Qué aspecto tiene el forastero? ¿Es viejo o joven?
- DOBCHINSKY Joven, joven, de unos veintitrés años; pero habla como un anciano. "Yo dice soy aficionado a leer y a escribir; lo malo es que en la habitación hay poco luz."
- A. ANDREEVNA ¿Es moreno o rubio?
- DOBCHINSKY Ni lo uno ni lo otro. De cabello más bien castaño y con unos ojos tan movedizos que hasta lo turban a uno.
- A. ANDREEVNA ¿Qué me escribe aquí mi marido? (LEE.) "Me apresuro a comunicarle, querida, que mi estado era bastante desesperado; pero gracias a la misericordia divina, por dos pepinos en vinagre y media porción de huevas de arenque. un rublo con veinticinco centavos..." (SE INTERRUMPE.) No comprendo. ¿Qué tienen que ver aquí los pepinos en vinagre y las huevas de arenque.
- DOBCHINSKY Es que Antón Antónovich lo escribió en papel de estraza, para mayor rapidez; y ahí estaba no sé qué cuenta.
- A. ANDREEVNA ¡ah, claro! (SIGUE LEYENDO.) "Pero, gracias a la misericordia divina, parece que todo acabará bien. Prepárale pronto una habitación, la del empapelado amarillo. En cuanto al almuerzo, no te molestes en añadir nada, ya que comeremos algo en el hospital, con Artemio Filíповich, pero ordena que preparen más vino: dile al mercader Abdúlin que mande del mejor: si no lo hace, le revolveré todo el sótano. Beso tu mano, querida, y soy siempre tuyo, Antón Scvonik Dmujanóvsky..." ¡Oh, Dios mío! ¡Pero hay que darse prisa! ¡Eh! ¿Quién está ahí? ¡Mishka!
- DOBCHINSKY (CORRE HACIA LA PUERTA Y GRITA.) ¡Mishka, Mishka, Mishka!
(ENTRA MISHKA, EL CRIADO.)

- A. ANDREEVNA Escúchame: corre al almacén de Abdúlín. Espera, te daré una nota para él...(SE SIENTA A LA MESA ESCRIBE, Y, MIENTRAS, SIGUE HABLANDO.) Dale esta nota a Isidoro, el cochero, y dile que corra con ella al almacén de Abdúlín y que traiga vino. Y tú arregla inmediatamente la habitación amarilla para el huésped. Pon ahí una cama, un lavabo y todo lo demás.
- DOBCHINSKY Bueno, Ana Andréevna. Ahora, correré a ver cómo inspecciona ese forastero el hospital.
- A. ANDREEVNA ¡Vaya, vaya! No lo retengo.

ESCENA III

ANA ANDREEVNA Y MARIA ANTONOVNA

- A. ANDREEVNA Bueno, Máshenka. Ahora tenemos que ponernos guapas. Ese hombre viene de la metrópoli. ¡Dios nos libre de que se riera de nosotras! Lo mejor será que te pongas el vestido azul, el de pequeños lunares.
- M. ANTONOVNA ¡Oh, mamita! ¡El azul, no! ¡No me gusta! La hija de Liápkín-Tiápkín viste de azul y la hija de Zemlianíka, también. Será mejor que me ponga el floreado.
- A. ANDREEVNA ¡El floreado! Lo que te gusta, es llevarme la contraria. El celeste te sentará mucho mejor, porque yo quiero ponerme el anaranjado: me gusta mucho.
- M. ANTONOVNA ¡Oh, mamita! ¡El anaranjado no te está bien!
- A. ANDREEVNA ¿Que el anaranjado no me está bien, dices?
- M. ANTONOVNA De veras que no: te apuesto lo que quieras; para usarlo, hay que tener los ojos oscuros.
- A. ANDREEVNA ¡Esa sí que es buena! ¿No tengo los ojos oscuros? ¡Los más oscuros del mundo! ¡Qué tonterías estás diciendo!
- M. ANTONOVNA Te digo, mamita, que no son oscuros.
- A. ANDREEVNA Tonterías, tonterías. No sabes lo que dices. (SALE PRECIPITADAMENTE CON SU HIJA Y SE LA OYE HABLAR ENTRE BASTIDORES.) ¡Vaya una ocurrencia! ¡Que mis ojos no son oscuros! ¡Esa sí que es buena!
- (CUANDO SE HAN IDO, SE ABRE LA PUERTA Y MISHKA ARROJA POR ELLA A LA CALLE BASURA. POR OTRA PUERTA ENTRA OSIP CON UNA MALETA SOBRE LA CABEZA.)

ESCENA IV

MISHKA y OSIP

- OSIP ¿Por dónde?
- MISHKA ¡Por quí, por aquí!
- OSIP Espera, déjame que tome aliento. ¡Qué vida! Cuando uno tiene vacía la barriga, cualquier carga le parece pesada.
- MISHKA Dime, muchacho...¿Vendrá pronto el general?
- OSIP ¿Qué general?
- MISHKA Tu amo, pues.
- OSIP ¿Mi amo? ¿Qué general quieres que sea?
- MISHKA ¿Acaso no lo es?
- OSIP Sí, es general, pero del otro lado.
- MISHKA Y eso...¿es más o menos que un general de verdad?

OSIP Más.

MISHKA ¡Ajá! ¡Es natural que todos están alborotados!

OSIP Oye...Tú, por lo veo, eres un chico listo. ¡Prepárame algo de comer!

MISHKA Para ti todavía no tenemos nada preparado. No querrás comer un plato sencillo. De modo que cuando tu amo se sienta a la mesa, te darán lo mismo.

OSIP ¿Qué platos sencillos tenéis?

MISHKA Coles, "kásha" y torta.

OSIP ¡Vengan las coles, la "kásha" y la torta! No temas, comeré de todo. ¡Bueno, llevemos la maleta! ¿Hay otra salida por ahí?

MISHKA Sí que la hay.

(AMBOS LLEVAN LA MALETA A LA HABITACION LATERAL.)

ESCENA V

DOS VIGILANTES que abren los dos batientes de la puerta. Entran JLESTAKOV, luego el ALCALDE y después el DIRECTOR DEL HOSPITAL, el SUPERVISOR DE ESCUELAS, DOBCHINSKY y BOBCHINSKY, éste con un pegote en la nariz

(AL ALCALDE LES INDICA A LOS VIGILANTES UN PAPEL QUE ESTA EN EL SUELO Y AMBOS CORREN A LEVANTARLO, EMPUJANDOSE MUTUAMENTE.)

JLESTAKOV ¡Magnífico hospital!...Me alegro de que ustedes acostumbren a mostrarles a los viajeros todo lo que vale la pena de verse en el pueblo. En otros pueblos, no me han mostrado nada.

ALCALDE Es que en otras localidades, perdone que se lo diga, los alcaldes y los funcionarios sólo se preocupan de obtener ganancias, y aquí, por así decirlo, sólo se piensa en merecer la atención de los superiores con la laboriosidad y la abnegación.

JLESTAKOV El almuerzo ha sido excelente: he comido hasta hartarme. ¿Todos los días se come aquí así?

ALCALDE El almuerzo ha sido preparado expresamente para tan grato visitante.

JLESTAKOV Me gusta comer, lo confieso. A fin y al cabo se vive para eso. Para arrancar las flores del placer. ¿Cómo se llamaba aquel pescado?

A. FILIPOVICH (SE ACERCA CORRIENDO, Y DICE CON UNA REVERENCIA.) Labardán.

JLESTAKOV Muy sabroso. ¿Dónde almorzamos? En el hospital...¿verdad?

A. FILIPOVICH Eso es.

JLESTAKOV Ya recuerdo, ya recuerdo, había camas. ¿Y los enfermos se han curado? Me parece que no había muchos.

A. FILIPOVICH Sólo hay unos diez: todos los demás se han curado. Así andan las cosas aquí. Desde que me hice cargo del hospital, quizás eso parezca increíble, todos se curan en un abrir y cerrar de ojos, como moscas. Apenas ingresa un paciente, ya está curado; y no tanto con los medicamentos como con la honradez y el orden.

ALCALDE ¡Le aseguro que si algo da preocupaciones, son los deberes de un alcalde! ¡Hay tantos asuntos que resolver! Problemas de limpieza, de reparaciones, de arreglos...en una palabra, el más listo de los hombres se vería en dificultades. Pero, a Dios gracias, todo va bien. Otro alcalde, naturalmente sólo pensaría en su beneficio personal, pero...¿me creerá usted?...hasta cuando me acuesto, cavilo. "Santo Dios...¿cómo podría yo hacer para que los jefes advirtieran mi celo y quedaran satisfechos?" Naturalmente, no sé si me premiarán por mi afán, eso ya depende de ellos; pero, por lo menos, viviré tranquilo. Si en el pueblo reina el orden, las calles están barridas, los presos son mantenidos debidamente y hay pocos borrachos.

¿Puedo pretender más? No quiero honores. Claro que atraen, pero ante la virtud todo es oropel y vanidad.

A. FILIPOVICH (APARTE.) ¡Cómo realiza sus méritos el muy zángano! ¡Dios le dió el don de la elocuencia!

JLESTAKOV Es verdad. Reconozco que también suelo meditar con gusto: mas a veces escribo en prosa y otras hasta versitos.

BOBCHINSKY (A DOBCHINSKY.) ¡Exacto, exacto, Petr Ivánovich! Hace unas observaciones que... Se ve que es un hombre culto.

JLESTAKOV (AL ALCALDE.) Dígame, por favor...¿No tienen ustedes algunas salas de pasatiempos, unas sociedades donde, por ejemplo, se pueda jugar a los naipes?

ALCALDE (APARTE.) ¡Ya veo adónde apuntas, muchacho! (EN VOZ ALTA.) ¡Dios nos libre! Aquí, ni siquiera hemos oído hablar de semejantes sociedades. Yo, nunca he tenido una carta en la mano; ni siquiera sé jugar. Nunca he podido mirarlas con atención, y si por casualidad veo a un rey de corazones o cualquier otra figura, siento tanta repulsión, que me dan ganas de escupir. En cierta oportunidad, para divertir a los chicos, les hice un castillo de naipes; y después, durante toda la noche, soñé con esos malditos. ¡Al diablo con ellos! ¿Cómo podemos perder de esta manera el tiempo?

L. LUKICH (APARTE.) ¡Y a mí, el muy sinvergüenza, me ganó ayer cien rublos al "whist"!

ALCALDE Es mejor que use ese tiempo para servicio de la patria.

JLESTAKOV Vamos, vamos...Usted exagera. Todo eso depende...Si a uno le falta una carta para hacer escalera, entonces, naturalmente...De veras, créame; a veces resulta muy agradable jugar un rato.

ESCENA VI

Los mismos, ANA ANDREEVNA y MARIA ANTONOVNA

ALCALDE Me permito presentarle a mi familia: mi esposa y mi hija.

JLESTAKOV (CON UNA REVERENCIA.) ¡Me siento feliz, señora, al tener el placer de conocerla!

A. ANDREEVNA A nosotros nos resulta agradabilísimo ver a semejante personaje.

JLESTAKOV (ALARDEANDO.) De ningún modo, señora, todo lo contrario: es a mí a quien me resulta más agradable.

A. ANDREEVNA ¡No, no! Usted lo dice por mero cumplido. Le ruego que se siente.

JLESTAKOV Permanecer a su lado de pie es ya una felicidad; por lo demás, si insiste, me sentaré. ¡Qué feliz me siento de estar sentado finalmente a su lado!

A. ANDREEVNA Por favor, no me atrevo a creer que lo diga realmente por mí...Supongo que, después de vivir en la ciudad, el viaje le habrá resultado muy desagradable.

JLESTAKOV Sumamente desagradable. Cuando uno está habituado a vivir en sociedad... "comprenez vous"?... eso de encontrarse repentinamente en plena carretera...con sucias posadas, las tinieblas de la ignorancia... De no mediar esta feliz casualidad, que...(MIRA DE ARRIBA A ABAJO A ANA ANDREEVNA, Y ADOPTA UNA ACTITUD DONJUANESCA.) me compensa todos los sinsabores...

A. ANDREEVNA Realmente... ¡Qué malos ratos debe haber pasado!

JLESTAKOV Por lo demás, señora, en este momento estoy pasando un buen rato.

A. ANDREEVNA ¡No puedo creerlo! Me hace usted demasiado honor. No lo merezco.

JLESTAKOV ¿Por qué no había de merecerlo? Sí que lo merece, señora.

- A. ANDREEVNA Vivo en un pueblo.
- JLESTAKOV Pero hasta las aldeas tienen sus lomas, sus arroyos... ¡Bueno, claro que no se las puede comparar con San Petersburgo! ¡Ah, San Petersburgo! ¡Qué vida! Quizá suponga que soy un simple escribiente; pues no, el jefe es íntimo mío. A veces, dándome una palmada en el hombro, me dice: "¡Ven a almorzar conmigo, amigo! Apenas entro dos minutos en la oficina, nada más que para ordenar: "Esto debe hacerse así y aquello asá." Y apenas lo acabo de decir, al escribiente dale que te sale con la pluma... Hasta quisieron ascenderme a secretario del ministro, pero les dije: "¿Para qué? ¡No vale la pena!" Y el conserje corre detrás de mí por la escalera con el cepil-o, y me dice: "Permítame que le limpie las botas, Iván Aleksándrovich." (AL ALCALDE.) ¿Por qué están de pie, señores? ¡Tengan la bondad de sentarse!
- ALCALDE Ante tan importante jerarquía, podemos estar de pie.
- A. FILIPOVICH Permaneceremos de pie.
- L. LUKICH ¡No se moleste!
- (LOS TRES HAN HABLADO AL MISMO TIEMPO.)
- JLESTAKOV ¡Olvídense de la jerarquía! Les ruego que tomen asiento. (EL ALCALDE Y LOS DEMÁS SE SIENTAN.) No me gustan las ceremonias. Por el contrario, me gusta pasar inadvertido. ¡Pero no se puede ocultar, no! ¡No hay forma! Apenas entro en alguna parte, ya oigo decir: "¡Ahí está Iván Aleksándrovich!" En cierta oportunidad, hasta me confundieron con el general en jefe: los soldados salieron corriendo de los cuarteles y presentaron armas. Más tarde, el oficial, que es muy amigo mío, me dijo: "Bueno, chico. Te habíamos confundido por completo con el general en jefe."
- A. ANDREEVNA ¡No me diga!
- JLESTAKOV Tengo amistad con actrices bonitas. He escrito algunos vodeviles... ¿Comprenden? Salgo a menudo con los literatos. Soy amigo de Púshkin. A veces, le digo: "¿Qué tal, hermano Púshkin?" Y él, me contesta: "Y... Así vamos... así vamos, no más." Es un individuo muy original.
- A. ANDREEVNA ¿De modo que usted también escribe? ¡Qué agradable debe ser eso! Seguramente, publica cosas en revistas... ¿verdad?
- JLESTAKOV Sí, a menudo. He escrito muchas obras: "Las Bodas de Fígaro", "Roberto el Diablo", "Norman". Ya ni siquiera recuerdo los nombres. Todo ha sido obra de la suerte. No tenía ganas de escribir, pero la dirección artística del teatro me decía: "Por favor, hermano, escribenos alguna cosa." Y pensé: "Bueno, vamos a complacerlos." Y lo escribí enteramente en una noche, si mal no recuerdo, y se quedaron asombrados. Mi agilidad mental es maravillosa. Todo lo que se ha publicado con el nombre de Barón Branbeus, de "La Fragata Esperanza" y "El Telégrafo de Moscú"... todo eso lo he escrito yo.
- A. ANDREEVNA ¡Oh! ¿De modo que usted es Branbeus?
- JLESTAKOV Claro, yo les corrijo los artículos a todos. Smirdin me paga cuarenta mil rublos por eso.
- A. ANDREEVNA Entonces, seguramente el "Iúri Miloslávsky" también es obra suya.
- JLESTAKOV Sí que lo es.
- A. ANDREEVNA Me lo imaginé en seguida.
- M. ANTONOVNA ¡Oh, mamita! En el libro dice que lo escribió el señor Zagóskin.
- A. ANDREEVNA Ya sabía yo que hasta eso ibas a discutírmelo.
- JLESTAKOV ¡Oh, pero si es cierto! Esa obra es de Zagóskin. Pero hay otro "Iúri Miloslávsky" que es mío.

- A. ANDREEVNA Entonces, seguramente habré leído el suyo. ¡Estaba tan bien escrito!
- JLESTAKOV Lo confieso, vivo de la literatura. Mi casa es la mejor de San Petersburgo. Es muy conocida: todos hablan de la casa de Iván Aleksándrovich. (VOLVIENDOSE HACIA LOS DEMAS.) Por favor, señores. Si visitan San Petersburgo, no dejen de visitarme. Hasta doy bailes.
- A. ANDREEVNA Supongo que los bailes deben ser suntuosos y de muy buen gusto... ¿no es cierto?
- JLESTAKOV ¡No me hable! Por favor, en la mesa sirven sandías que valen setecientos rublos. La sopa que está en la marmita acaba de llegar de París, uno levanta la tapa y sale un vapor nunca visto. Todos los días voy a bailes. Hemos formado un quinteto para jugar al "whist": el ministro de Relaciones Exteriores, el embajador francés, el embajador inglés, el embajador alemán y yo. ¡A veces, uno se cansa jugando tanto!... Cuando vuelvo a casa, subo al cuarto piso y sólo me quedan fuerzas para decir a la cocisera: "Toma el abrigo, Mavra..." ¡Ah, qué tonto! Se me olvidaba que ocupó todo un primer piso. Tengo una escalera tan suntuosa que sólo eso me ha costado... Lo curioso es ver mi salón cuando todavía no me he despertado: condes y duques se empujan y zumban allí de tal modo que parecen moscardones... A veces, aparece un ministro... (EL ALCALDE Y LOS DEMAS, SORPRENDIDOS, SE PONEN DE PIE.) Cuando me mandan un paquete, suelen poner: "Para su Excelencia." En cierta ocasión, fui jefe de una repartición. Y, de pronto, el director general se fué... no se sabe adónde. Naturalmente se empezó a hablar de un posible sustituto. Hubo muchos generales que intentaron ocupar el cargo, pero tuvieron que dejarlo... era demasiado complicado... La tarea parecía sencilla... ¡pero, en realidad, era endiablada! Finalmente, vieron que no había nada que hacer... y recurrieron a mí. Y empezaron a mandarme una legión de emisarios... uno tras otro, uno tras otro. "Iván Aleksándrovich, venga a dirigirnos la repartición!" Confieso que me desconcerté un poco, salí a recibirlos en bata y pensé negarme, pero pensé que el zar se enteraría de la negativa y que además eso sería una nota discordante en mi hoja de servicios... "Bueno, señores, acepto el cargo... les dije... Así sea. Pero, conmigo... ¡mucho ojo! ¡mucho ojo! Porque yo..." Y, efectivamente, cuando paso por la repartición... aquello parece un terremoto... Todo tiembla como una hoja. (EL ALCALDE Y LOS DEMAS TIEMBLAN DE MIEDO; JLESTAKOV SE ENARDECE MAS AUN.) ¡Oh, nada de bromas! A todos los hice marchar derechos. A mí me teme el propio Consejo Imperial. ¡Y claro! ¿Por qué no? ¡Yo soy así! No me importa nadie... Le digo a todos: "Yo sé quién soy." Voy a todas partes. Visito el palacio a diario. Pronto me nombrarán minist...
- ALCALDE (ACERCANDOSE Y TEMPLANDO DE PIES A CABEZA, SE ESFUERZA EN DECIR.)
Exc...Exc...Exc...
- JLESTAKOV (RAPIDAMENTE Y CON VOZ SECA.) ¿Qué hay?
- ALCALDE Exc...Exc...Exc...
- JLESTAKOV (CON LA MISMA VOZ.) Tonterías... ¡No lo entiendo!
- ALCALDE Exc...Excelencia... ¿No querría Su Excelencia descansar? Tiene preparada la habitación y todo lo necesario.
- JLESTAKOV ¿Descansar? ¡Qué tontería! Bueno, sea, estoy dispuesto a descansar. El almuerzo que me han ofrecido señores, ha sido muy sabroso... Estoy contento, contento. (CON ENFASIS.) ¡Labarán! ¡Labardán!
- (SALE POR UNA PUERTA LATERAL SEGUIDO POR EL ALCALDE.)

ESCENA VII

Los mismos, menos JLESTAKOV y el ALCALDE

- BOBCHINSKY (A DOBCHINSKY.) ¡Ese sí que es enteramente hombre, Pert Ivánovich! ¡He aquí lo que significa un hombre! Nunca estuve en presencia de un personaje tan importante. ¿Qué le parece, Petr Ivánovich? ¿Qué jerarquía tendrá?

- BOBCHINSKY Pues yo opino que un general no le llega ni a las botas; y si es general, será por lo menos generalísimo. ¿Se fijó en lo que dijo sobre el Consejo Imperial? Vamos, vamos a contárselo pronto a Amos Fédorovich y a Koróbkin. ¡Hasta pronto, Ana Andrévna!
- DOBCHINSKY ¡Hasta pronto, señora!
- A. FILIPOVICH (A LUKA LUKICH.) La verdad es que uno tiene miedo y no sabe por qué. ¡Y ni siquiera nos hemos puesto el uniforme! ¿Y qué pasará si, cuando se despierte, se le ocurre mandar una denuncia a San Peterzburgo? (SE VAN, CON AIRE PENSATIVO, JUNTO CON EL INSPECTOR DE ESCUELAS, DICIENDO.) ¡Adiós, señora!

ESCENA VIII

ANA ANDREEVNA Y MARIA ANTONOVNA

- A. ANDREEVNA ¡Oh, qué fantástico!
- M. ANTONOVNA ¡Oh, es un encanto!
- A. ANDREEVNA ¡Qué finura en los modales! Se nota inmediatamente que es de San Petersburgo. Me gustan muchísimo esos jóvenes. Me gustan con locura. Por lo demás, le gusté horrores. Lo noté. Me miraba sin cesar.
- M. ANTONOVNA ¡Oh, mamita! Me miraba a mí.
- A. ANDREEVNA ¡Haz el favor de no decir tonterías! Eso está completamente fuera de lugar.
- M. ANTONOVNA ¡Te aseguro que sí, mamita!
- A. ANDREEVNA ¡Bueno, ya apareció aquello! ¡Cómo no ibas a discutir! ¿Para qué te iba a mirar el huésped?
- M. ANTONOVNA ¡De veras, mamita! Te digo que me miró. Cuando empezó a hablar de literatura me miró y después, al contar cómo jugaba al "whist" con los embajadores, volvió a mirarme.
- A. ANDREEVNA Bueno, quizá alguna vez te haya mirado, pero para salir del paso, nada más. "Bueno ___habrá pensado___, ¡la miraré a ella un poco, también!"

ESCENA IX

Los mismos y el ALCALDE

- ALCALDE (ENTRANDO DE PUNTILLAS.) ¡Ssst...ssst...!
- A. ANDREEVNA ¿Qué?
- ALCALDE Lamento haberle dado tanto de beber. ¿Y si sólo fuera verdad la mitad de todo lo que nos ha dicho? (SE QUEDA PENSATIVO.) ¿Y por qué no ha de serlo? Cuando un hombre bebe, dice la verdad. Claro que habrá mentido; pero ya se sabe, no se puede hablar sin mentir un poco. Juega a las barajas con los ministros y va a palacio... Cuanto más lo piensa y no, más preocupaciones tiene en la cabeza.
- A. ANDREEVNA Pues yo no sentí la menor timidez: vi sencillamente en él a un hombre culto y de mundo. Las jerarquías no me importan.
- ALCALDE ¡Ah, las mujeres! ¡Mujeres y basta! ¡Todo son bagatelas! Hablástete con él como si fuera un Dóbchinsky cualquiera.
- A. ANDREEVNA De eso, te aconsejo que no te preocupes. Nosotros sabemos ciertas cosas...(MIRA FIJAMENTE A SU HIJA.)
- ALCALDE (APARTE.) ¿Para qué voy a perder el tiempo hablando?...¡Qué barbaridad! Todavía no se me ha pasado el susto. (ABRE LA PUERTA Y HABLA HACIA AFUERA.) ¡ishka! Llama a los vigilantes, a Svistunóv y a Derjimórda: deben estar cerca. (BREVE PAUSA.) ¡Las cosas que se ven! Vaya y pase si fuera un hombre de aspecto respetable, importante, pero es flacucho, pequeño...¿Cómo se podría adivinar quién

es? Si al menos fuera un militar, eso ayudaría a reconocerlo, pero el que se pone un frac... parece una mosca con las alas cortadas. ¡Y pensar en todos los rodeos con que habló en la posada!... ¡Creí que no nos entenderíamos! Pero, finalmente, se rindió con armas y bagajes. Y hasta habló algo más de la cuenta. Se ve que es joven.

ESCENA X

Los mismos y OSIP

(TODOS CORREN A SU ENCUENTRO LLAMANDO CON EL DEDO.)

- A. ANDREEVNA ¡Ven aquí, muchacho!
- ALCALDE ¡Ssst!...¿Y qué? ¿Duerme?
- OSIP Todavía no...Está dando vueltas en la cama.
- A. ANDREEVNA Oye...¿Cómo te llamas?
- OSIP Osip, señora.
- ALCALDE (A SU MUJER Y A SU HIJA.) ¡Basta, cállense! (A OSIP.) Bueno, amigo. Te han dado de comer bien...¿verdad?
- OSIP Sí, muchísimas gracias. Muy bien.
- A. ANDREEVNA Bueno, dime...A tu amo lo visitan a menudo condes y duques...¿verdad?
- OSIP (APARTE.) ¿Qué diré? Creo que, si ahora me han dado de comer bien, después me darán de comer mejor. (EN VOZ ALTA.) Sí, suelen venir condes.
- M. ANTONOVNA ¡Osip, tesoro! ¡Qué guapo es tu amo!
- A. ANDREEVNA Dime una cosa, querido Osip...¿Cómo es que...?
- ALCALDE ¡Pero...basta, basta! Con tantas palabras, ustedes no hacen más que desconcertarlo. Bueno...¿Qué nos dices, amigo?
- A. ANDREEVNA ¿Qué jerarquía tiene tu amor?
- OSIP ¿Qué jerarquía? Ya se sabe qué jerarquía.
- ALCALDE ¡Ah, Dios mío! ¿Hasta cuándo seguirán con sus estúpidas preguntas? No me dejan hablar ni un momento de cosas concretas. Vamos, dime, amiguito...¿Cómo es tu amo? ¿Severo?...¿Le gusta echar sermones o no?
- OSIP Sí, le gusta el orden. Quiere que todo está bien hecho.
- ALCALDE Tienes una cara, amigo, muy agradable. Debes ser un buen hombre... Bueno, mira...
- A. ANDREEVNA Escúchame, Osip...¿Cómo viste allí tu amo? ¿De uniforme?
- ALCALDE ¡Basta, basta, cotorras! Aquí hay que hablar de lo positivo: está en juego la vida de un hombre (A OSIP.) Como te decía, amigo, me gustas mucho. Por el camino no dejes de tomar otra taza de té. Ahora está haciendo frío; de modo que aquí tienes un par de rublos para el té.
- OSIP (TOMANDO EL DINERO.) ¡Agradecidísimo, señor! ¡Que Dios le dé salud de toda clase! Le ayuda usted a un pobre hombre.
- ALCALDE Bueno, bueno. Me alegro...Dime, amigo...
- A. ANDREEVNA ¡Osip, querido mío! ¿Qué ojos le gustan más a tu amo?...
- M. ANTONOVNA ¡Osip, tesoro! ¡Qué nariz tan pequeña tiene tu amo!

ALCALDE Pero basta, basta... ¡Déjenme hablar! (A OSIP.) Dime una cosa, por favor, amigo mío... ¿Qué le gusta más a tu amo al viajar? ¿Qué le llama más la atención?

OSIP Según. Lo que le gusta más es que lo atiendan como es debido, que le den bien de comer.

ALCALDE ¿Bien?

OSIP Sí, bien. Ya lo ve... Hasta se preocupa de mí, de mí, que soy su siervo, y siempre quiere que también me atiendan debidamente. A veces visitamos a alguien y luego me pregunta: "Dime, Osip... ¿Te han dado bien de comer?" "Mal, Excelencia", le contesto. "¡Ah! dice . Entonces ésa debe ser mala gente. Recuérdame cuando llegué a San Petersburgo." "¡Bah pienso entonces " (HACE UN GESTO.), que Dios los perdone! ¡Yo soy un hombre sencillito!"

ALCALDE Bueno, bueno, eso es hablar. Ya te di para el té. Toma ahora para unos pastelillos.

OSIP (TOMANDO EL DINERO.) ¿Por qué se molesta, Excelencia? (GUARDA EL DINERO.) Bueno. ¡Beberé a su salud!

A. ANDREEVNA ¡Ven a verme, Osip; también yo te regalaré algo!

M. ANTONOVNA ¡Osip, tesorito, llévale un beso a tu amo! (SE OYE RUIDO EN EL CUARTO AL QUE ENTRO JLESTAKOV.)

ALCALDE ¡Ssst! (SE PONE DE PUNTILLAS Y DICE EN VOZ BAJA.) ¡Dios las libre de hacer ruido! ¡Váyanse...! Basta ya...

A. ANDREEVNA ¡Vamos, Máshenka! Ya te lo dije... Observé en el huésped algunas cosas de las cuales sólo entre nosotras podemos hablar.

ALCALDE ¡Bueno, ya seguiréis charlando allí dentro! Una vez quise escucharlas, pero renuncié... ¡más vale taparse los oídos! (VOLVIENDOSE HACIA OSIP.) Bueno, amigo...

ESCENA XI

Los mismos, DEJINORDA y SVISTUNOV

ALCALDE ¡Ssst! ¡Caminan como osos! ¡Vaya una manera de hacer ruido con las botas! ¡Entraron con tanto estrépito como si alguien hubiese dejado caer diez toneladas de una carreta! ¿Dónde diablos estaban?

DERJINORDA Fuí a cumplir órdenes...

ALCALDE ¡Ssst! (LE TAPA LA BOCA.) ¡Qué graznido! (LO REPIEDA.) ¡A cumplir órdenes! ¡Tu voz parece que sale de un tonel! (A OSIP.) Bueno, amigo, ve a preparar lo que necesite tu amo. Puedes pedir todo lo que hay en la casa. (OSIP SE VA.) Y ustedes... ¡monten guardia en el patio y no se muevan de ahí! ¡No dejen entrar a ningún extraño, sobre todo a ningún comerciante! ¡Si entra uno solo, yo...! Apenas vean llegar a alguien con una queja o que, aunque no traiga un papel con una queja, parezca dispuesto a quejarse de mí, ¡agárrenlo del cuello y aléjenlo de aquí! ¡Y denle uno de éstos! (GESTO DE DAR UN PUNTAPIE.) ¿Entienden? ¡Ssst!... ¡Ssst!... (SE VA DE PUNTILLAS EN POS DE LOS VIGILANTES.)

ACTO IV

La misma habitación de antes en casa del alcalde

ESCENA PRIMERA

AMOS FEDOROVICH, ARTEMIO FILIPOVICH, EL JEFE DE CORREOS, LUKA LUKICH, DOBCHINSKY y BOBCHINSKY

(ENTRAN POCO A POCO, CASI DE PUNTILLAS Y CON UNIFORME DE GALA, LOS PRIMEROS, Y MUY ENGALANADOS ASIMISMO LOS SEGUIDOS. TODA LA ESCENA SE DESARROLLA A MEDIA VOZ.)

A. FEDOROVICH (REUNIENDO A TODOS EN SEMICIRCULO.) ¡Por favor, señores, formemos

pronto un círculo cerrado y más orden! ¡Alabado sea Dios! ¡Ese hombre va a palacio y sermonea al Consejo Imperial! ¡Tenemos que presentar armas, por así decirlo, como en un desfile militar! Petr Ivánovich, colóquese a ese lado, y usted, Petr Ivánovich, al otro. (LOS DOS PETR IVANOVICH CORREN DE PUNTILLAS.)

A. FILIPOVICH Diga lo que quiera, Amos Fédorovich, pero hay que hacer algo.

A. FEDOROVICH ¿Por ejemplo?

A. FILIPOVICH Bueno, ya saben a qué me refiero.

A. FEDOROVICH ¿Untarle el bolsillo?

A. FILIPOVICH Bueno, sí, digamos untarle.

A. FEDOROVICH ¡Es muy peligroso, diablos...! Puede gritarnos; recuerden que es un alto funcionario. ¿No será preferible ofrecerle dinero como aporte de la nobleza para algún monumento?

J. DE CORREOS O podríamos decirle: "Mire, aquí tiene este dinero que ha llegado por correo con destino desconocido."

A. FILIPOVICH Tenga cuidado, no sea él quien lo mande a usted con destino desconocido. Escúchenme: esas cosas no se hacen así en un país como es debido. ¿Para qué vamos a ir todos juntos como un batallón? Tenemos que abordarlo uno por uno, y cuando sólo haya cuatro ojos presentes, ponerle en la mano..., bueno, ya me entienden... ¡Y tan callando que no se enteren los ojos! ¡Así es como se hace en buena sociedad! Empiece usted Amos Fédorovich.

A. FEDOROVICH Más vale que empiece usted, ya que fué en su hospital donde almorzó el distinguido visitante.

A. FILIPOVICH Mejor sería Luká Lúkich por su carácter de orientador de la juventud.

LUKA LUKICH ¡No puedo, señores, no puedo! Confieso que me han educado en una forma que, apenas me habla alguien superior, me quedo acobardado y mudo. ¡No, señores! ¡Perdónenme, por favor! ¡Perdónenme!

A. FILIPOVICH Sí, Amos Fédorovich. Usted es insustituible. Su elocuencia es comparable a la del propio Cicerón.

A. FEDOROVICH ¡Vamos, vamos! ¡Cicerón! ¡Mire con qué tonterías me sale! Si alguna vez uno se entusiasma hablando de asuntos domésticos o de un perdiguero...

TODOS (ACOSANDOLO.) No, usted no sólo habla de los perros, sino hasta de la creación del mundo... ¡vamos, Amos Fédorovich!

A. FEDOROVICH ¡Déjenme tranquilo, señores! (PERO EN ESE MOMENTO SE OYEN PASOS Y UNA TOSECITA EN LA HABITACION DE JLESTAKOV. TODOS SE PRECIPITAN ATROPELLANDOSE HACIA LA PUERTA DE SALIDA, SE AGOLPAN ALLI Y TRATAN DE SALIR, NO SIN QUE ALGUIEN SE LLEVE UN EMPELLON. SE OYE DECIR A MEDIA VOZ):

V. DE BOBCHINSKY ¡Ay! ¡Petr Ivánovich, Petr Ivánovich, me ha dado un pisotón!

V. DE ZEMLIANIKA ¡Suéltenme, señores, me han dejado sin respiración!

(SE OYEN VARIAS QUEJAS; FINALMENTE TODOS SALEN EMPUJANDOSE Y LA HABITACION QUEDA DESIERTA.)

ESCENA II

JLESTAKOV

(SALE CON AIRE ALGO ADORMILADO)

JLESTAKOV

Por lo visto he dormido muy bien. ¿Dónde habrá reunido esa gente tantos colchones y frazadas? Hasta estoy sudando. Al parecer, me dieron algo de beber en el almuerzo y todavía me zumba la cabeza. Aquí ya veo que se puede pasar el tiempo fantásticamente. Me gusta la buena voluntad, y más que nada que me agasajen de todo corazón y no por interés. Y la hija del alcalde no está mal ni mucho menos,

y hasta su mamá está todavía tan bien que se podría...Francamente, esta vida me gusta mucho.

ESCENA III

JLESTAKOV y el JUEZ

- EL JUEZ (ENTRA, SE DETIENE Y SE DICE A SI MISMO.) ¡Dios mío! ¡Sácame de este apuro! ¡Me tiemblan las rodillas! (EN VOZ ALTA, CUADRANDOSE Y SUJETANDOSE LA ESPADA.) Tengo el honor de presentarme: el juez local, con grado de consejero, Liápkín-Tiápkín.
- JLESTAKOV Siéntese, por favor. ¿De modo que usted es el juez de este pueblo?
- EL JUEZ Fué elegido en 1816 para un período de tres años por voluntad de la nobleza y desde entonces sigo desempeñando el cargo.
- JLESTAKOV ¿Y resulta provechoso ser juez?
- EL JUEZ Por mis tres años primeros de servicios me propusieron para la Orden de Vladimiro de cuarta categoría con mención especial de la jefatura. (APARTE.) Tengo el dinero en la mano y me arde como si llevara fuego.
- JLESTAKOV Pues a mí me gusta la Orden de Vladimiro. La Orden de Ana de tercera clase ya no me gusta tanto.
- EL JUEZ (ADELANTANDO UN POCO EL PUÑO CERRADO, APARTE.) ¡Dios mío! No sé dónde estoy sentado. Se diría que sobre fuego.
- JLESTAKOV ¿Qué tiene usted en la mano?
- A. FEDOROVICH (ASUSTADO Y DEJANDO CAER LOS BILLETES.) Nada.
- JLESTAKOV ¿Cómo que nada? Veo que se le ha caído dinero.
- A. FEDOROVICH (TEMBLANDO DE LA CABEZA A LOS PIES.) ¡No, de ningún modo! (APARTE.) ¡Oh, Dios mío! Ya me veo preso y ante los jueces!
- JLESTAKOV (LEVANTANDO LOS BILLETES.) Sí, es dinero.
- A. FEDOROVICH (APARTE.) Bueno, todo ha terminado...¡Soy hombre al agua..., al agua!
- JLESTAKOV ¿Quiere que le diga una cosa? Présteme este dinero.
- A. FEDOROVICH (PRECIPITADAMENTE.) ¡Como no! ¡Encantado! Con muchísimo gusto. (APARTE.) ¡Valor, valor! ¡Sácame del trance, Virgen Santa!
- JLESTAKOV Le confieso que durante el viaje gasté más de lo que esperaba... Entre una cosa y otra...Por lo demás, se lo mandaré apenas llegue a mi aldea.
- A. FEDOROVICH ¡Por favor, ni se preocupe! Para mi es un gran honor...Naturalmente, yo, con mis débiles fuerzas, mi tesón y afán, trato de servir lealmente a mis superiores...(SE LEVANTA DE LA SILLA. SE CUADRA.) No me atrevo a seguir molestándolo con mi presencia. ¿Tiene algo que mandarme?
- JLESTAKOV ¿Mandarle?
- A. FEDOROVICH Quiero decir...¿No desea darle alguna orden al juez local?
- JLESTAKOV ¿Para qué? En este momento no tengo ninguna necesidad de hacerlo; no, ninguna. Muy agradecido.
- A. FEDOROVICH (HACE UNA REVERENCIA Y SE VA, DICIENDO APARTE.) ¡Bueno, estamos salvados!
- JLESTAKOV (SOLO.) ¡El juez es un buen hombre!

ESCENA IV

JLESTAKOV y el JEFE DE CORREOS

(ESTE ULTIMO SE CUADRA Y SE SUJETA LA ESPADA.)

- J. DE CORREOS Tengo el honor de presentarme: soy el jefe de Correos local, consejero de quinta categoría, Schpékin.
- JLESTAKOV ¡Encantado de conocerlo! Me gusta mucho la compañía agradable. Siéntese, por favor. Usted vive aquí..., ¿verdad?
- J. DE CORREOS Sí, señor.
- JLESTAKOV Me gusta este pueblo. Es cierto que no está muy poblado...pero... ¿y qué? Después de todo, esto no es la capital. ¿Verdad que no?
- J. DE CORREOS La pura verdad, señor.
- JLESTAKOV Sólo en la capital reina el buen tono y no hay alcornoques de provincias. ¿No le parece?
- J. DE CORREOS Así es. (APARTE.) Pues no tiene nada de altanero: pregunta acerca de todas las cosas.
- JLESTAKOV Confiese que hasta en un pueblecito se puede vivir feliz.
- J. DE CORREOS Así es, señor.
- JLESTAKOV Opino...¿qué hace falta? Basta con que a uno le respeten y lo quieran sinceramente...¿No es eso?
- J. DE CORREOS Es la pura verdad.
- JLESTAKOV Me alegro de que coincida su opinión con la mía. Naturalmente, dirán que soy un hombre extraño, pero me caracter es así. (LO MIRA A LOS OJOS Y DICE PARA SI.) Le pediré un préstamo a este jefe de Correos. (EN VOZ ALTA.) Me ha pasado un caso insólito: en el viaje me quedé totalmente sin dinero. ¿No me podría prestar trescientos rublos?
- J. DE CORREOS ¡Cómo no! Lo consideraré una gran prueba de confianza. Sírvase, hágame el favor. Estoy a sus órdenes de todo corazón.
- JLESTAKOV Muchísimas gracias. Le confieso que no me gusta privarme de nada cuando estoy de viaje. ¿Por qué habría de hacerlo? ¿No le parece?
- J. DE CORREOS Así es, señor. (SE LEVANTA, SE CUADRA Y SE SUJETA LA ESPADA.) No me atrevo a seguir molestándolo con mi presencia. ¿Desea usted hacer alguna observación referente al correo?
- JLESTAKOV No, ninguna.
- (EL JEFE DE CORREOS HACE UNA REVERENCIA Y SE VA.)
- JLESTAKOV (SOLO, ENCENDIENDO UN CIGARRILLO.) Me parece que también el jefe de Correos es un hombre excelente; por lo menos, servicial. Me gusta esta clase de gente.

ESCENA V

JLESTAKOV Y LUKA LUKICH

(A ESTE ULTIMO LE HACEN SALIR A ESCENA CASI A EMPUJONES. DETRAS DE EL SE OYEN, CASI EN VOZ ALTA, LAS PALABRAS: "¿POR QUE TIENES MIEDO?"

- LUKA LUKICH (CUADRANDOSE, NO SIN TEMBLAR, Y SUJETANDOSE LA ESPADA.) Tengo el honor de presentarme: inspector de escuelas y consejero de tercera categoría, Jlópov.
- JLESTAKOV ¡Ah, pase, por favor! ¡Siéntese, siéntese! ¿Quiere un cigarrito? (LE DA UN CIGARRO.)

- LUKA LUKICH (INDECISO.) ¡Vaya! Esto sí que no lo esperaba. ¿Lo tomo o no lo tomo?
- JLESTAKOV Tómelo, tómelo: es un buen cigarro. Claro que no como los de San Patersburgo. Allí yo los fumaba de a veinticinco rublos el centenar...Daban ganas de besarse las manos después de haberlos fumado. Tome fuego; enciéndalo. (LE ACERCA UNA VELA.)
- (LUKA LUKICH TRATA DE ENCENDER Y TIEMBLA DE PIES A CABEZA.)
- JLESTAKOV ¡Hay que encenderlo por el otro lado!
- LUKA LUKICH (DEL SUSTO DEJA CAER EL CIGARRO, ESCUPE Y HACE UN GESTO DE DESALIENTO, DICIENDO PARA SI.) ¡Qué se vaya al diablo! ¡Me ha perdido mi maldita timidez!
- JLESTAKOV Por lo que veo, a usted no le gustan los cigarros. En cambio, le confieso que son mi debilidad. También me atrae el bello sexo; no puedo mostrarme indiferente con ellas a ningún precio. ¿Y usted? ¿Cuáles le gustan más: las morenas o las rubias?
- (LUKA LUKICH, ABSOLUTAMENTE EXTRAÑADO, NO SABE QUE DECIR.)
- JLESTAKOV Vamos, contésteme con franqueza: ¿Las morenas o las rubias?
- LUKA LUKICH No me atrevo a decirlo.
- JLESTAKOV ¡No, no, nada de evasivas! Quiero saber sin falta cuáles son sus predilecciones.
- LUKA LUKICH Me permito decirle que...(APARTE.) Ni yo mismo sé qué estoy diciendo.
- JLESTAKOV ¡Ajá! ¡No me lo quiere decir! Seguramente alguna morenita le habrá puesto ya una pica en Flades. Confiéselo...¿Es así?
- (LUKA LUKICH GUARDA SILENCIO.)
- JLESTAKOV ¡Ah! ¡Se ha sonrojado! ¿No ve? ¿No ve? ¿Por qué no habla?
- LUKA LUKICH La timidez, Su Exc...Su Alt...(APARTE.) ¡Maldita lengua! ¡Me ha vendido!
- JLESTAKOV ¿La timidez? En mis ojos, lo reconozco, hay algo que provoca la timidez. Por lo menos sé que ninguna mujer logra resistirlos... ¿No le parece?
- LUKA LUKICH Sí, señor.
- JLESTAKOV Me ha pasado una cosa imprevista; por el camino me quedé sin un solo centavo. ¿No podría prestarme trescientos rublos?
- LUKA LUKICH (AFERRÁNDOSE PRECIPITADAMENTE AL BOLSILLO.) ¡Ya lo creo! ¡Cómo no, cómo no! (SACA LOS BILLETES Y SE LOS ENTREGA TEMBLANDO.)
- JLESTAKOV Agradecidísimo.
- LUKA LUKICH (CUADRÁNDOSE Y SUJETANDO SU ESPADA.) Permítame que no les moleste más con mi presencia.
- JLESTAKOV Adiós.
- LUKA LUKICH (SALE CASI CORRIENDO Y DICE, APARTE.) ¡Alabado sea Dios! ¡Espere- mos que no se le ocurra visitar la escuela!

ESCENA VI

JLESTAKOV y ARTEMIO FILIPOVICH, que se cuadra sujetándose la espada

- A. FILIPOVICH Tengo el honor de presentarme: el director del hospital local y consejero de tercera, Zemlianíka.

- JLESTAKOV Buenos días. Haga el favor de sentarse.
- A. FILIPOVICH Tuve el gusto de acompañarlo y recibirlo en el hospital confiado a mis servicios.
- JLESTAKOV ¡Ah! Ya recuerdo! Me ofreció un excelente almuerzo.
- A. FILIPOVICH Me alegro de hacer todo lo que pueda al servicio de la patria.
- JLESTAKOV Yo, le confieso que se trata de mi debilidad, adoro la buena cocina. Dígame, por favor. Me parece que ayer usted era un poco más bajo... ¿verdad?
- A. FILIPOVICH Es posible. (DESPUES DE UNA PAUSA.) Se puede decir que no ahorro esfuerzos para servir con celo a mi país. (SE ACERCA MAS CON SU SILLA Y DICE EN VOZ BAJA.) En cambio, el jefe de Correos del pueblo no hace absolutamente nada; todo está abandonado; el envío de los mandatos lo demora semanas enteras...Usted mismo podría comprobarlo. También el juez, que acaba de salir de aquí no hace más que cazar liebres, tiene perros en la antesala del Juzgado y su conducta, debo confesarlo ___ en bien de la patria me veo obligado a decirlo, aunque es mi pariente y amigo ___, es de las más desgraciadas. Aquí hay un estanciero llamado Dóbchinsky, a quien usted se sirvió ver; y apenas sale de su casa ese Dóbchinsky, el juez va a hacerle compañía a su mujer; eso yo podría jurarlo...Y mire a los hijos de Dóbchinsky: todos, hasta la niña más pequeña, son idénticos al juez.
- JLESTAKOV ¡No me diga! Nunca se me hubiese ocurrido semejante cosa.
- A. FILIPOVICH Y ahí tiene al inspector de escuelas...No sé cómo puedo confiarle semejante cargo la jefatura; es peor que un jacobino y le enseña unos principios tan corruptores a la juventud, que hasta cuesta concebirlo. ¿No preferiría usted que yo le expusiera todo eso por escrito?
- JLESTAKOV Bueno, dígalo por escrito. Tendré mucho gusto en leerlo. Cuando me aburro, me gusta leer algo divertido...¿Cómo se llama usted? Continuamente se me olvida.
- A. FILIPOVICH Zemlianíka.
- JLESTAKOV ¡Ah, sí! Zemlianíka. Y dígame, entre paréntesis...¿Tiene hijos?
- A. FILIPOVICH ¡Cómo no! Cinco. Dos son ya mayores.
- JLESTAKOV ¡Qué me dice! ¿Y cómo es que se...?
- A. FILIPOVICH ¿Querría saber cómo se llaman?
- JLESTAKOV Eso es. ¿Cómo se llaman.
- A. FILIPOVICH Nicolás, Iván, Isabel, María y Anastasia.
- JLESTAKOV Me parece muy bien.
- A. FILIPOVICH No me atrevo a molestarle con mi presencia y a robarle el tiempo destinado al cumplimiento de sagrados deberes...(HACE UNA REVERENCIA PARA IRSE.)
- JLESTAKOV (ACOMPANANDOLO.) No, no es nada. Me ha dicho usted cosas muy agradables. No deje de volver a visitarme...Eso me gusta mucho. (VUELVE Y, DESPUES DE HABER ABIERTO LA PUERTA, GRITA EN POS DEL VISITANTE.) ¡Eh, oiga! ¿Cómo se llama usted? ¡Siempre se me olvida!
- A. FILIPOVICH Artemio Filípovich Zemlianíka.
- JLESTAKOV Hágame un favor, Artemio Filípovich. Me ha pasado un caso inesperado: durante el viaje me he quedado sin un centavo. ¿No podría prestarme...cuatrocientos rublos?
- A. FILIPOVICH ¡Cómo no...!

JLESTAKOV ¡Qué oportuno! Muchísimas gracias.

ESCENA VII

JLESTAKOV, BOBCHINSKY y DOBCHINSKY

BOBCHINSKY Tengo el honor de presentarme: un vecino de este pueblo. Petr Ivánovich Bóbchinsky.

DOBCHINSKY El hacendado Petr Ivánovich Dóbchinsky.

JLESTAKOV ¡Ah! ¡Pero si ya lo he visto! ¡Si mal no recuerdo, usted se cayó! ¿Cómo sigue su nariz?

BOBCHINSKY ¡A Dios gracias, bien! No se preocupe. Está curada ya, completamente curada.

JLESTAKOV Me alegro... (DE PRONTO, CON VOZ CORTANTE.) ¿No tendrían ustedes dinero?

DOBCHINSKY ¡Dinero! ¿Qué dinero?

JLESTAKOV Dinero para prestarme. Unos mil rublos.

BOBCHINSKY No tengo tanto, por Dios se lo juro. ¿Y usted, Petr Ivánovich?

DOBCHINSKY Aquí no llevo tanto; mis fondos están invertidos en bonos del tesoro público.

JLESTAKOV Bueno. Si no tienen mil, denme cien.

BOBCHINSKY (HURGÁNDOSE EN EL BOLSILLO.) ¿No tendría usted cien rublos, Petr Ivánovich? Yo sólo tengo cuarenta en asignados.

DOBCHINSKY (CONSULTANDO SU BILLETERO.) Veinticinco rublos en total.

BOBCHINSKY ¡Busque mejor, Petr Ivánovich! Usted, ya le conozco, tiene un agujero en el bolsillo derecho. ¡Se le habrá caído el dinero allí!

DOBCHINSKY No, no. En el agujero tampoco hay nada.

JLESTAKOV Bueno, es lo mismo. Después de todo, yo sólo lo decía por decir. Que sean sesenta y cinco rublos... Tanto da. (TOMA EL DINERO.)

BOBCHINSKY Me atrevo a hacerle una petición sobre un asunto muy delicado.

JLESTAKOV ¿De qué se trata?

DOBCHINSKY Sí, algo muy delicado: verá, mi hijo mayor nació antes del matrimonio...

JLESTAKOV ¿De veras?

DOBCHINSKY Es decir, sólo es un modo de hablar, pero nació lo mismo que si fuera en el matrimonio, y todo eso lo completé luego con los vínculos conyugales que manda la ley. Pues bien... Quiero que ese niño sea mi hijo legítimo y se llame como yo, Dóbchinsky.

JLESTAKOV Bueno, que se llame así. No hay ningún inconveniente.

DOBCHINSKY Yo no le molestaría; pero es una lástima por su talento. El chiquillo es tan... Infunde muchas esperanzas: recita versos y, apenas cae en sus manos un cortaplumas, esculpe unos pequeños trineos que maravilla verlos. Petr Ivánovich se lo puede confirmar.

BOBCHINSKY Sí, es un chico de mucho talento.

JLESTAKOV ¡Está bien, está bien! Ya me ocuparé del asunto, hablaré de eso... Espero que se hará todo, sí, sí... (VOLVIÉNDOSE HACIA BOBCHINSKY.) ¿No tiene también algo que decirme?

BOBCHINSKY ¡Ya lo creo! Tengo un humildísimo pedido que hacerle.

JLESTAKOV ¿Cuál?

BOBCHINSKY Le ruego muy humildemente que cuando llegue a San Petersburgo les diga a todos los nobles, senadores y almirantes que en tal y cual pueblo vive Petr Ivánovich Bóbchinsky. Dígalo así no más: que aquí vive Petr Ivánovich Bóbchinsky.

JLESTAKOV Perfectamente.

BOBCHINSKY Y si por casualidad visita al propio zar, dígale: "Majestad, en tal y cual pueblo vive Petr Ivánovich Bóbchinsky."

JLESTAKOV Perfectamente.

BOBCHINSKY Disculpe que lo hayamos molestado con nuestra presencia.

JLESTAKOV ¡No es nada, no es nada! He tenido el mayor gusto. (LOS ACOMPAÑA HASTA LA PUERTA.)

ESCENA VIII

JLESTAKOV

JLESTAKOV Aquí hay muchos funcionarios. Pero creo que me toman por un alto personaje. Seguramente anoche les contaría unas cuantas fábulas. ¡Vaya unos imbéciles! Le escribiré todo esto a Triapíchkin, a San Petersburgo; como hace cosas para los diarios, podré sacarle partido al asunto. ¡Eh, Osip! ¡Dame papel y tinta! (OSIP ASOMA LA CABEZA POR LA PUERTA Y CONTESTA: "YA VA.") Y si alguien cae en manos de Triapíchkin, pobre de él: con tal de colocar una palabra mordaz, no tiene piedad ni de su propio padre; y le gusta el dinero. Por lo demás, estos funcionarios son buena gente; el hecho de que me hayan hecho préstamos es un hermoso rasgo de su parte. Veamos cuánto dinero tengo. El juez me ha dado trescientos; el jefe de Correos, otros trescientos: son seiscientos. Seiscientos, setecientos, ochocientos... ¡Qué papel tan asqueroso! Ochocientos, novecientos... ¡Caramba! Pasan de los mil rublos... Bueno, capitán... Si nos encontramos ahora... ¡ya verás el desquite que me voy a tomar!

ESCENA IX

JLESTAKOV y OSIP con tinta y papel

JLESTAKOV Bueno..., ¿has visto, estúpido, cómo me reciben y agasajan? (CONIENZA A ESCRIBIR.)

OSIP ¡Sí, a Dios gracias! Pero... ¿sabe una cosa, Iván Aleksándrovich?

JLESTAKOV ¿Qué?

OSIP ¡Vámonos de aquí! De veras... ¡Ya es hora!

JLESTAKOV (ESCRIBIENDO.) ¡Vaya una tontería! ¿Por qué?

OSIP Sí. ¡Déjeles, qué diablos! Se ha divertido usted aquí durante dos días... y basta. No se enrede más con ellos. Todo puede ser; quizá venga algún otro y... ¡De veras, Iván Aleksándrovich! Y los caballos son tan buenos aquí... ¡Volarían como flechas!

JLESTAKOV (ESCRIBIENDO.) No, todavía tengo ganas de permanecer aquí. Que sea mañana.

OSIP ¿Por qué ha de ser mañana? ¿Por Dios, Iván Aleksándrovich! ¡Vámonos! Aunque lo tratan aquí con grandes honores, lo mejor sería que nos marcháramos; se ve que lo confunden con otro... ¡Por Dios, Iván Aleksándrovich! Además, su padre se enojará si se retrasa tanto. ¡Y aquí nos darían unos caballos de primera! ¡Volarían como flechas!

- JLESTAKOV (ESCRIBIENDO.) Bueno, bueno. Pero lleva antes esta carta al correo. ¡Y cuida de que nos den buenos caballos! Diles a los postillones que les daré un rublo de propina para que canten por el camino como cuando viaja un personaje...(SIGUE ESCRIBIENDO.) Supongo que Triapichkin se morirá de risa...
- OSIP Más vale que yo mande la carta al correo con un criado de la casa y empiece a empaquetar para no perder tiempo.
- JLESTAKOV Bueno, pero antes tráeme una vela.
- OSIP (SALE Y HABLA ENTRA BASTIDORES.) ¡Eh, escúchame, amigo! Lleva esta carta al correo y dile al jefe que la reciba sin franqueo, y encarga que le preparen a mi amo la mejor de las troikas que haya aquí; di que mi amo no paga derechos de posta por ser funcionario del Gobierno. Y que se apresuren; de lo contrario, el amo se enojará. Espera; la carta no está lista aún.
- JLESTAKOV (SIGUE ESCRIBIENDO.) Me gustaría saber dónde vive ahora Triapichkin: si en la calle Pochtámskaia o en la Gorojováia... ¡Es muy amigo de cambiarse y no pagar alquiler! Le escribiré a la Pochtámskaja...; quizá acierte. (CIERRA EL SOBRE Y ESCRIBE LA DIRECCION.)
- (OSIP TRAE UNA VELA. JLESTAKOV SELLA LA CARTA. EN ESE MOMENTO SE OYE LA VOZ DE DERJINORDA, QUIEN DICE: "¿ADONDE VAS? TE HE DICHO QUE TENTO ORDEN DE NO DEJAR PASAR A NADIE.")
- JLESTAKOV (LE DA LA CARTA A OSIP.) Toma, llévala.
- VOCES DE LOS COMERCIAANTES ¡Déjanos entrar! No puedes impedirnos la entrada; hemos venido a hablar de un asunto importante.
- VOZ DE DERJINORDA ¡Fuera, fuera! No puede recibirlos; duerme. (EL ALBOROTO SE ACENTUA.)
- JLESTAKOV ¿Qué pasa ahí, Osip? Ve a ver qué ruido es ése.
- OSIP (MIRANDO POR LA VENTANA.) Son unos comerciantes que quieren entrar, pero el vigilante no los deja. Agitan unos papeles; seguramente quieren hablar con usted.
- JLESTAKOV (ACERCANDOSE A LA VENTANA.) ¿Qué queréis, amigos?
- VOCES DE LOS MERCADERES Venimos a ver a Su Excelencia. ¡Permítanos Su Excelencia que le presentemos una petición!
- JLESTAKOV ¡Déjenlos entrar! Que vengan, Osip: diles que los dejen entrar. (OSIP SALE.)
- JLESTAKOV (TOMA VARIAS PETICIONES POR LA VENTANA, DESDOBLA UNA DE ELLAS Y LEE.) "A Su Notable Excelencia el Señor Comandante de las Finanzas, del mercader Abdúlin..." ¡Al diablo con éste! ¡Ni siquiera existe semejante en toda la administración pública!

ESCENA X

JLESTAKOV y los comerciantes con una tinaja de vino y pilones de azúcar

- JLESTAKOV ¿Qué quieren ustedes, amigos?
- COMERCIAANTES Humildemente nos inclinamos profundamente ante Su Excelencia.
- JLESTAKOV ¿Qué desean?
- MERCADERES ¡No nos pierdas, señor! Estamos sufriendo insoportables vejaciones.
- JLESTAKOV ¿De quién?

UNO DE LOS
MERCADERES

¿De quién ha de ser? ¡Del alcalde! ¡Nunca se ha visto un alcalde como ése. Excelencia! Nos agravia tanto que no podríamos ni describirlo. Lo agarra a uno de la barba, por ejemplo, y le dice: "¡Ah, salvaje! ¡Ya verás!" ¡Por Dios se lo juro! Cualquiera diría que no nos hemos portado bien con él y, sin embargo, nosotros cumplimos con lo que corresponde: le mandamos lo que necesita para hacerle vestidos a su mujer y a su hija... No nos negamos a eso. Y ya lo ve, todo le parece poco... Viene a nuestra tienda y se lleva todo lo que encuentra. Ve un corte de paño y dice: "Oye, buen hombre. Ese es un hermoso género. Tráemelo." Y se lo lleva, y el corte mide lo menos cincuenta metros.

JLESTAKOV

¿De veras? Pero... ¡qué bribón!

MERCADERES

¡De veras! No se recuerda a un alcalde como éste. Cuando uno le ve llegar, tiene que esconder todo lo que hay en la tienda. Y no sólo se lleva lo mejor que hay, sino cualquier basura: hasta cuando un montón de ciruelas lleva siete años en un barril, y el propio criado de uno las rechaza, él se las lleva. Su cumpleaños cae en el día de San Antón y uno le lleva todo lo que necesita. Pues... ¿sabe una cosa? ¡Eso no le basta! ¡Dice que el día de San Honorio también es su cumpleaños! ¡Y el día de San Honorio tenemos que llevarle también regalos.

JLESTAKOV

Pero... ¡si ese hombre es, simplemente, un salteador de caminos!

MERCADERES

¡Claro que sí! Y si uno trata de resistirse le manda a todo un regimiento de soldados para que lo prenda. O le clausura el negocio. "No te castigaré con penas corporales, hijo mío ___ le dice a uno ___. Ni te torturaré. Está prohibido. ¡Pero tendrás que apretarte el cinturón!"

JLESTAKOV

¡Qué miserable! ¡Con eso bastaría para mandarlo a Siberia!

MERCADERES

Mándelo Su Excelencia a donde quiera... con tal de que esté lejos de aquí. No rechaces, padre, nuestro tributo: te traemos vino y pilón de azúcar.

JLESTAKOV

No, se equivocan. No acepto sobornos de ninguna clase. Pero si ustedes me ofrecieran, por ejemplo, un préstamo de trescientos rublos..., el asunto sería completamente distinto; si se tratara de un préstamo, yo podría aceptarlo.

MERCADERES

¡Sí, por favor, padre nuestro! (SACAN DINERO.) ¿Por qué trescientos? Más vale que tomes quinientos. ¡Pero ayúdanos!

JLESTAKOV

Bueno; tratándose de un préstamo, no hay inconveniente. Lo acepto.

MERCADERES

(PRESENTÁNDOLE EL DINERO SOBRE UNA BANDEJA DE PLATA.) Y llávate también esta bandeja, por favor.

JLESTAKOV

Bueno, me quedaré con la bandeja.

MERCADERES

(INCLINÁNDOSE ANTE EL.) Entonces acepte también el azúcar.

JLESTAKOV

¡Oh, no! No me está permitido aceptar sobornos de ninguna clase...

OSIP

¡Excelencia! ¡Por qué no lo acepta? ¡Acéptelo! ¡Durante el viaje servirá todo! ¡Denme el azúcar y el vino! ¡Denme todo lo que tengan; todo servirá! ¿Qué hay ahí? ¿Una cuerda? Denme la cuerda... También nos servirá en el viaje. Si se rompe el eje, habrá con qué atarlo.

MERCADERES

¡Entonces, háganos esa merced, Excelencia! Si no nos ayuda, ya no sabremos qué hacer. ¡Será como para ahorcarnos!

JLESTAKOV

¡Queden tranquilos, queden tranquilos! Haré todo lo que pueda.

JLESTAKOV

¿Quién está ahí? (SE ACERCA A LA VENTANA.) ¿Quién eres, mujer?

VOCES DE DOS
MUJERES

¡Venimos a pedirte ayuda, padre nuestro! Ordena que nos dejen entrar, señor.

JLESTAKOV (POR LA VENTANA.) Déjalas entrar.

ESCENA XI

JLESTAKOV, la MUJER DEL CARPINTERO y la VIUDA DEL SUBTENIENTE

LA MUJER DEL CARPINTERO (CON UNA GRAN REVERENCIA.) Vengo a pedirte protección...

LA VIUDA DEL S. Vengo a pedirte protección...

JLESTAKOV ¿Quiénes son ustedes?

LA VIUDA DEL S. Soy la viuda del subteniente Ivanov.

LA MUJER DEL CARP. Soy la mujer del carpintero del pueblo, Petrónna Poshlépkina, señor nuestro...

JLESTAKOV Un momento, por favor, hablen de una en una. (A LA MUJER DEL CARPINTERO.) ¿Qué quieres tú de mí?

MUJER DEL C. ¡Vengo a quejarme del alcalde señor! ¡Que Dios le mande todos los males del mundo! ¡Que nunca sean felices ni él, ni sus hijos, ni sus tías, ni sus tíos, el muy miserable!

JLESTAKOV ¿Por qué? ¿Qué pasa?

MUJER DEL C. Pues ordenó que a mi marido lo enrolaran en el Ejército, aunque no le tocaba el turno, el muy bribón. Y la ley no lo permitía: era casado.

JLESTAKOV ¿Y cómo pudo hacerlo?

MUJER DEL C. Pues lo hizo el muy sinvergüenza, lo hizo... ¡que lo zurre, bien Dios en este mundo y en el otro! ¡Si tiene tía, que le pasen todas las desgracias imaginables a su tía; y si su padre está vivo, que reviente para siempre, maldito sea! Tenían que enganchar para el Ejército al hijo del sastre, un borrachín, pero sus padres le mandaron un buen regalo al alcalde, y entonces el alcalde le echó el ojo al hijo de la tendera Panteléeva, y la Panteléeva le mandó a la mujer del alcalde tres piezas de paño y el alcalde me vino a ver y me dijo: "¿Para qué quieres a tu marido? Ya no te sirve." Pues yo sé si me sirve o no me sirve. ¡Eso es cosa mía, maldito sea este bribón! "Tu marido me dijo es un ladrón: aunque no haya robado nada todavía, tanto da, robará más adelante; y el año próximo lo enrolarán en el Ejército de todos modos." ¿Y cómo quiere el muy canalla que yo viva sin marido? ¡Yo soy un ser débil! ¡Ojalá reviente toda la parentela de ese canalla! Y si tiene suegra que su suegra...

JLESTAKOV Bueno, bueno. ¿Y tú? (EMPUJA AFUERA A LA VIEJA.)

MUJER DEL C. (SALIENDO.) ¡No me olvides, padre! ¡Sé misericordioso!

VIUDA DEL S. He venido a quejarme del alcalde, padre mío...

JLESTAKOV ¿Por qué? Habla y sé breve.

VIUDA DEL S. ¡Me azotó, padre mío!

JLESTAKOV ¿Cómo es eso?

VIUDA DEL S. ¡Por error, padre mío! Dos de nuestras campesinas riñeron en el mercado y la policía no llegó a tiempo, y cuando vino me agarró a mí y me dió una azotaina tal que estuve dos días sin poder sentarme.

JLESTAKOV ¿Y qué quieres que yo haga ahora?

VIUDA DEL S. Claro está que no se puede remediar. Pero hazle pagar una multa por el error que cometió. El dinero me vendría muy bien.

JLESTAKOV ¡Bueno, bueno! ¡Vete, vete! Ya daré órdenes. (POR LA VENTANA ASOMAN MANOS CON PETICIONES.) Pero...¿quién está ahí todavía? (ACERCÁNDOSE A LA VENTANA.) ¡No quiero, no quiero! ¡No, no! (ALEJÁNDOSE DE LA VENTANA.) ¡Ya estoy harto, qué diablos! ¡No los dejes entrar, Osip!

OSIP (GRITANDO POR LA VENTANA.) ¡Váyanse, váyanse! ¡Vengan mañana!

(SE ABRE LA PUERTA Y ASONA LA FIGURA DE UN INDIVIDUO DE CAPOTE, CON BARBA DE VARIOS DIAS, EL LABIO HINCHADO Y LA MEJILLA VENDADA; DETRAS DE EL SE ADVIERTE A OTRAS PERSONAS.)

OSIP ¡Vete! ¡Vete! ¿Adónde vas? (EMPUJA AL INTRUSO APOYÁNDOLE LAS MANOS SOBRE LAS RODILLAS Y SALE CON EL A LA ANTESALA, CERRANDO LA PUERTA TRAS SI.)

ESCENA XII

JLESTAKOV y MARIA ANTONOVNA

M. ANTONOVNA ¡Ah!

JLESTAKOV ¿Por qué se ha asustado, señora?

M. ANTONOVNA No, no me he asustado.

JLESTAKOV (DONJUANESCO.) ¡Caramba, señora!...Me encanta que me haya tomado por un hombre que...Me atrevería a preguntarle: ¿adónde se proponía ir?

M. ANTONOVNA No iba a ningún lado, se lo aseguro.

JLESTAKOV ¿Y por qué no iba a ningún lado?

M. ANTONOVNA Creí que mamá quizás estuviera aquí...

JLESTAKOV No, lo que quiero saber es por qué no iba a ninguna parte...

M. ANTONOVNA Lo he molestado. Usted estaba ocupado en asuntos importantes...

JLESTAKOV (DONJUANESCO.) Pues sus ojos son mejores que los asuntos importantes...Usted no podría molestarme, de ningún modo; por el contrario, hasta podría proporcionarme un placer.

M. ANTONOVNA Habla usted como la gente de San Petersburgo.

JLESTAKOV Para una chiquilla tan deliciosa...¿Me atrevería a tener la dicha de ofrecerle una silla? Pero no...¡Lo que usted se merece no es una silla, es un trono!

M. ANTONOVNA La verdad, no sé...Yo tenía que irme. (SE SIENTA.)

JLESTAKOV ¡Qué hermoso pañuelo lleva!

M. ANTONOVNA Son unos burlones, lo que más les gusta es burlarse de las provincianas.

JLESTAKOV ¡Cómo me gustaría ser su pañuelo, señora, para rodear su blanquísimo cuello!

M. ANTONOVNA No comprendo de qué me habla...No sé qué pañuelo...¡Qué tiempo tan raro el de hoy!

JLESTAKOV Y sus labios, señora, son mejores que ningún tiempo.

M. ANTONOVNA ¡Ustedes dicen siempre unas cosas!... Yo le pediría que me escribiera unos versos en el álbum. Seguramente, sabrá muchos.

JLESTAKOV Para usted, señora, todo lo que quiera. Exija. ¿Qué versos desea?

M. ANTONOVNA Lo mismo me da...Algunos que sean lindos, nuevos.

- JLESTAKOV Y...¡Conozco tantos!
- M. ANTONOVNA Vamos, dígame...¿Cuáles me escribirá?
- JLESTAKOV Sé muchísimos. Podría escribirle éstos, por ejemplo: "Oh, tú, que en el infortunio te quejas sin razón de Dios..." Y he hecho otros más...pero ahora no los recuerdo; por lo demás, eso no tiene importancia. Será mejor que le ofrezca mi amor, que con su mirada...(ACERCA SU SILLA A LA DE ELLA.)
- M. ANTONOVNA ¡El amor! No comprendo el amor...Nunca supe qué es amor...(APARTA LA SILLA.)
- JLESTAKOV ¿Por qué aparta su silla? Será mejor que estemos sentados muy cerca el uno del otro.
- M. ANTONOVNA ¿Para qué cerca? Lo mismo da que sea lejos.
- JLESTAKOV ¿Para qué lejos? Lo mismo da que sea cerca.
- M. ANTONOVNA Pero...¿a qué viene todo esto?
- JLESTAKOV (ARRIMÁNDOSE.) A usted sólo le parece que estamos cerca: y puede imaginarse que estamos lejos. ¡Qué feliz sería yo, señora, si pudiera tenerla en mis brazos!
- M. ANTONOVNA (MIRANDO POR LA VENTANA.) ¿Qué es eso que pasó volando? ¿Fué un gorrión u otro pájaro?
- JLESTAKOV (LA BESA EN EL HOMBRO Y MIRA POR LA VENTANA.) Fué un gorrión.
- M. ANTONOVNA (LEVANTÁNDOSE INDIGNADA.) ¡Oh! ¡Esto, es demasiado!...¡Qué atrevimiento!...
- JLESTAKOV (RETENIÉNDOLA.) Perdóneme, señorita; lo hice movido por amor, eso es, por amor.
- M. ANTONOVNA Usted me cree tan pueblerina...
- JLESTAKOV (SIGUE RETENIÉNDOLA.) Por amor, de veras, por amor. Sólo lo hice por broma, María Antónovna. ¡No se enoje! Estoy pronto a pedirle perdón de rodillas. (CAE DE RODILLAS.) ¡Perdón, perdón! Ya lo ve, estoy de rodillas.

ESCENA XIII

Los mismos y ANA ANDREEVNA

- A. ANDREEVNA (AL VER A JLESTAKOV DE RODILLAS.) ¡Oh qué situación!
- JLESTAKOV (LEVANTÁNDOSE.) ¡Demonios!
- A. ANDREEVNA (A SU HIJA.) ¿Qué significa eso? ¿Qué conducta es ésa?
- M. ANTONOVNA Yo, mamá...
- A. ANDREEVNA ¡Sal de aquí! ¡Sal de aquí! ¿Me oyes? Y no te atrevas a presentarte ante mis ojos. (MARIA ANTONOVNA SE VA, DESHECHA EN LLANTO.) Perdóneme, pero, se lo confieso, estoy tan sorprendida...
- JLESTAKOV (APARTE.) Y ésta también está muy bien, no está mal. (DEJÁNDOSE CAER DE RODILLAS.) Señora...¡Estoy ardiendo de amor! ¿Me comprende?
- A. ANDREEVNA ¡Cómo! ¿Usted de rodillas? ¡Oh, levántese, levántese! Aquí, el piso no está limpio ni mucho menos.
- JLESTAKOV No, debo estar de rodillas, de rodillas, quiero saber si he de esperar la vida o la muerte.

A. ANDREEVNA Pero, discúlpeme...No comprendo el sentido de sus palabras. Si no las interpreto mal, usted ha hecho una declaración con respecto a mi hija.

JLESTAKOV No, la amo, no merezco vivir en este mundo. Con el corazón en llamas, pido su mano.

A. ANDREEVNA Pero, perdone que le diga que...en cierto modo...estoy casada.

JLESTAKOV ¡Tanto me da! Para el amor, no hay fronteras; y Karamzín ya dijo: "Las leyes nos condenan." Nos iremos a un país lejano...Pido su mano, pido su mano.

ESCENA XIV

Los mismos y MARIA ANTONOVNA, que entra corriendo repentinamente

M. ANTONOVNA Mamira, papito dijo que tú...(AL VER DE RODILLAS A JLESTAKOV, EXCLAMA:) ¡Ah, qué situación!

A. ANDREEVNA Bueno...¿Qué hay? ¿A qué viene eso? ¡Qué ligera de cascos! ¡Entras corriendo como una gata escaldada! Bueno...¿Qué hay de sorprendente en esto? ¿Qué se te ha ocurrido? Pareces una niña de tres años. Nadie diría que tiene dieciocho. No sé cuándo serás más razonable y te portarás como una muchacha bien educada; cuándo sabrás lo que significan las buenas maneras y la seriedad en la conducta.

M. ANTONOVNA (ENTRE LAGRIMAS.) Yo, mamita, francamente, no sabía...

A. ANDREEVNA Se diría que tienes siempre aire por la cabeza; sigues el ejemplo de las hijas de Liápkin-Tiápkin. ¿Quién te manda mirarlas? ¡No tienes por qué hacerlo! Más vale que sigas otros ejemplos: ahí tienes a tu madre. He ahí los modelos que debes imitar.

JLESTAKOV (ASIENDO LA MANO DE LA HIJA.) ¡Ana Andréevna! ¡No se oponga a nuestra felicidad! ¡Bendiga nuestro eterno amor!

A. ANDREEVNA (ASOMBRADA.) ¿De modo que usted la ama a ella?...

JLESTAKOV Decida: ¿la vida o la muerte?

A. ANDREEVNA Bueno, ya lo ves, tonta, ya lo ves; por ti, por una basura como tú, se sirvió arrodillarse; y tú, entras corriendo como una loca. Merecerías que yo le dijera que no: no eres digna de semejante felicidad.

M. ANTONOVNA No lo volveré a hacer, mamita; palabra, no lo volveré a hacer.

ESCENA XV

Los mismos y el ALCALDE, que entra sin aliento

ALCALDE ¡Excelencia! ¡Tenga compasión de mí! ¡No me pierda!

JLESTAKOV ¿Qué le pasa?

ALCALDE Los comerciantes se han quejado a Su Excelencia. Le juro por mi honor que no es cierto ni la mitad de lo que le han dicho. Son ellos quienes estafan y roban en el peso a la gente. La subteniente le mintió a Su Excelencia que yo le azoté: miente, por Dios se lo juro, miente. Se azotó ella misma.

JLESTAKOV ¡Que se la lleve el diablo! ¡Ahora no estoy en disposición de pensar en ella!

ALCALDE ¡No le crea, no le crea! ¡Son tan embusteros! Ni siquiera un niño les creería. Ya tienen fama de embusteros en todo el pueblo. Y en cuanto a eso de que soy un bribón, permítame decirle esto: ellos son unos bribones como no se han visto nunca.

A. ANDREEVNA ¿Sabes el honor que nos hace Iván Aleksándrovich? Pide la mano de nuestra hija.

ALCALDE ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Has perdido la chaveta, vieja! No se enoje, Excelencia: nunca tuvo la cabeza en su sitio, como su madre.

JLESTAKOV Pero si es cierto, pido la mano de su hija. Estoy enamorado.

ALCALDE ¡No puedo creerlo, Excelencia!

A. ANDREEVNA Pero...¡si te lo dicen!

JLESTAKOV No es broma. El amor me enloquece.

ALCALDE No me atrevo a creerlo, no merezco tanto honor.

JLESTAKOV Si no me concede la mano de María Antónovna, estoy dispuesto a... a cometer cualquier disparate...

ALCALDE No puedo creerlo, Excelencia. ¡Su Excelencia bromea!

A. ANDREEVNA ¡Oh, qué estúpido eres! Pero...¡si te dice que es así!

ALCALDE No lo puedo creer.

JLESTAKOV ¡Concédamela, concédamela! Estoy desesperado, soy capaz de todo: cuando me pegue un tiro, a usted lo condenarán por eso.

ALCALDE ¡Ay, Dios mío! ¡Juro que soy inocente en cuerpo y alma! ¡No se enoje, por favor! ¡Sírvase hacer lo que guste, Excelencia! Francamente, en este momento, estoy mareado...No sé qué me pasa. Estoy más tonto que nunca.

A. ANDREEVNA ¡Vamos, dales tu bendición!

(JLESTAKOV SE ACERCA CON MARIA ANTONOVNA.)

ALCALDE ¡Dios los bendiga! ¡Pero yo no tengo la culpa!

(JLESTAKOV SE BESA CON MARIA ANTONOVNA. EL ALCALDE LOS MIRA.)
¡Qué diablos! Pero...¡es cierto! (SE FROTA LOS OJOS.) ¡Se besan!
¡Santo Dios, se besan! ¡Es un novio, un novio de verdad! (LANZAN UN GRITO Y DA UNA CABRIOLA DE ALEGRÍA.) ¡Hola, Antón! ¡Antón!
¡Alcalde! ¡Mira a lo que hemos llegado!

ESCENA XVI

Los mismos y OSIP

OSIP Los caballos están listos.

JLESTAKOV ¡Ah! Bueno...Ya voy.

ALCALDE ¡Cómo! ¿Se va?

JLESTAKOV Sí, me voy.

ALCALDE Pero, entonces...Es decir...Creo que usted mismo tuvo a bien aludir a un casamiento...¿No es así?

JLESTAKOV ¡Oh! Me voy por un día nada más...a pasar un solo día con un tío ... un viejo rico; y mañana mismo estoy de regreso.

ALCALDE No nos atrevemos a retenerlo, confiando en su feliz regreso.

JLESTAKOV ¡Oh, claro, claro! Volveré en un abrir y cerrar de ojos. Adiós, amor mío...¡No, realmente no logro expresar todos mis sentimientos!
¡Adiós, tesoro! (LE BESA LA MANO A MARIA ANTONOVNA.)

ALCALDE ¿No necesita Su Excelencia algo para el viaje? Me parece que necesitaba dinero...¿no es eso?

- JLESTAKOV ¡Oh, no! ¿Para qué? (LO PIENSA UN POCO.) De todos modos, no hay inconveniente.
- ALCALDE ¿Cuánto desea Su Excelencia?
- JLESTAKOV En aquella oportunidad usted me dió doscientos rublos, es decir cuatrocientos y no doscientos, no quiero aprovechar su error, de modo que deme ahora otro tanto y serán ochocientos justitos.
- ALCALDE ¡Inmediatamente! (SACA DE SU CARTERA.) Y, como a propósito, con los papelitos más nuevos.
- JLESTAKOV ¡Ah, sí! (TOMA EL DINERO E INSPECCIONA LOS BILLETES.) Eso está bien. ¡Se diga que el dinero nuevo da dicha nueva!
- ALCALDE Exacto, Excelencia.
- JLESTAKOV ¡Adiós, Antón Antónovich! Muy agradecido por su hospitalidad. Lo confieso de todo corazón: en ninguna parte me hicieron tan buena recepción. ¡Adiós, Ana Andréevna! ¡Adiós, querida María Antónovna!
- (SALEN.)

TRAS LA ESCENA

- V. DE JLESTAKOV ¡Adiós, ángel mío, María Antónovna!
- V. DEL ALCALDE Su Excelencia viajará algo incómodo en este coche sin elásticos. ¿No querría una alfombrita en el suelo por lo menos?
- V. DE JLESTAKOV No...¿Para qué? De todos modos... Bueno, que pongan la alfombrita.
- V. DEL ALCALDE ¡Eh, Avdótia! Ve al desván y trae la mejor alfombra...¡La celeste, la persa!
- V. DE POSTILLON Brr...
- V. DEL ALCALDE ¿Cuándo podemos esperar que regrese Su Excelencia?
- V. DE JLESTAKOV Mañana o pasado.
- VOZ DE OSIP ¡Ah! ¿Esa es la alfombra? ¡Dámela, ponla aquí! Ahora, agrega heno del otro lado.
- V. DE POSTILLON Brr...
- VOZ DE OSIP ¡De ese lado! ¡Aquí! ¡Más! ¡Está bien! ¡Ahora viajará cómodo! (GOLPEA LA ALFOMBRA.) ¡Siéntese ahora, Excelencia!
- V. DE JLESTAKOV ¡Adiós, Antón Antónovich!
- V. DEL ALCALDE ¡Adiós, Excelencia!
- VOCES DE MUJERES ¡Adiós, Iván Aleksándrovich!
- V. DE JLESTAKOV ¡Adiós, mamita!
- V. DE POSTILLON ¡En marcha, caballitos míos! ¡Sus! ¡Sus!
- (SUENAN UNOS CASABELES; BAJA EL TELON.)

ACTO V

La misma habitación

ESCENA PRIMERA

EL ALCALDE, ANA ANDREEVNA y MARIA ANTONOVNA

ALCALDE ¿Qué te parece, Ana Andréevna? ¿Soñaste alguna vez con esto? ¡Diablos, qué presa tan magnífica! Vamos, confiésalo sinceramente. ¡Ni siquiera lo soñabas! Y, de la noche a la mañana... ¡zas! ¡Con qué personaje vas a emparentarte!

A. ANDREEVNA Nada de eso: yo lo sabía desde hace tiempo. Eso te parecerá raro a ti porque eres un hombre de pueblo que nunca ha visto a gente como es debido.

ALCALDE Yo también soy un hombre como es debido, vieja. Pero, si bien se piensa, Ana Andréevna... ¡ahora sí que somos pájaros de alto vuelo! ¿Verdad? ¡Ahora sí que les bajaré los humos a todos esos amigos de presentar quejas! ¡Eh! ¿Quién está ahí? (ENTRA UN VIGILANTE.) ¡Ah! ¿Eres tú, Iván Karpovich? ¡Llama a los comerciantes! ¡Ya verán esos bribones cómo los voy a tratar! ¡Con quejas contra mí! ¡Malditos traidores! ¡Ya verán! Hasta ahora, los he tratado con severidad, solamente: ahora, lo haré con mano de hierro. Hazme una lista de los que vinieron a quejarse de mí, y más que nada a esos escribas que les pergeñaron las quejas. Y díles, para que lo sepan, que ahora Dios le ha mandado un gran honor al alcalde, que casa a su hija... ¡y no con un hombre cualquiera, sino con uno de esos que se ven pocas veces, que es capaz de hacerlo todo, todo, todo! Anúnciaselo a todos, para que lo sepan. ¡Gritaselo a todo el pueblo, echa las campanas a vuelo, qué diablos! El triunfo es el triunfo. (EL VIGILANTE SE VA.) ¡Pues ya ves cómo están las cosas, Ana Andréevna! ¿Cómo viviremos ahora? ¿Aquí o en San Petersburgo?

A. ANDREEVNA Naturalmente, en San Petersburgo. ¡Cómo vamos a quedarnos aquí!

ALCALDE Si quieres San Petersburgo, que sea San Petersburgo: y aquí tampoco lo pasaríamos mal. Supongo que, entonces, tendríamos que mandar al diablo mi cargo de alcalde... ¿eh, Ana Andréevna?

A. ANDREEVNA Naturalmente... ¿Quién piensa en eso?

ALCALDE Porque, ahora... ¿verdad, Ana Andréevna?, uno puede pretender un gran cargo. ¿No te parece? Porque él es íntimo con todos los ministros y va a palacio, y con su influencia yo podría con el tiempo llegar a general. ¿Qué te parece. Ana Andréevna? ¿Podría yo llegar a general?

A. ANDREEVNA ¡Claro que sí! Naturalmente.

ALCALDE ¡Ah, qué diablos! ¡Es tan bueno ser general! Le cuelgan a uno esas charreteras al hombro. ¿Qué charreteras prefieres, Ana Andréevna? ¿Las rojas o las azules?

A. ANDREEVNA Las azules son mejores.

ALCALDE ¡Mira qué pretensión! Ya te podrías conformar con las rojas. ¿Por qué quiere uno ser general? Porque cuando llega a alguna parte, lo preceden los asistentes y edecanes, y gritan: "¡Caballos!" Y en la posta no le dan caballos a nadie, todos tienen que esperar, todos esos consejeros de segunda, todos esos capitanes y alcaldes. ¡Y uno está antes que nadie! Uno almuerza en casa del gobernador y ahí... ¡el alcalde lo saluda humildemente! ¡Ja, ja, ja! (RIE A MAS NO PODER, SE SOFOCA DE RISA.) ¡Eso sí que es fantástico, qué diablos!

A. ANDREEVNA A ti siempre te gusta lo basto. No olvides que tendremos que cambiar totalmente de vida, que tus amistades serán otras; nada de ir a cazar con jueces aficionados a los perros ni de Zamlianikas; por el contrario, tus amistades serán gente de modales finos; condes y hombres de mundo... Pero, a decir verdad, temo por ti; se te suele

escapar cada palabrota de las que nunca se oyen en la buena sociedad.

ALCALDE ¿Y qué? Una palabra nunca daña.

A. ANDREEVNA Eso está bien cuando uno es alcalde; pero ahí la vida es totalmente distinta.

ALCALDE Sí; dicen que ahí sirven un pescado tan sabroso que uno suelta la baba de placer cuando lo come.

A. ANDREEVNA ¡A ti te bastaría con el pescado! Yo sólo me conformaré si mi casa es la mejor de la capital, y quiero que haya allí un perfume tal que no se pueda entrar y que uno se vea obligado a entornar los ojos así. (ENTORNA LOS OJOS Y HUSMEA.) ¡Ah, qué bien!

ESCENA II

Los mismos y los MERCADERES

ALCALDE ¡Ah! ¡Salud, amiguitos!

MERCADERES (CON UNA REVERENCIA.) ¡Le deseamos mucha salud, señor alcalde!

ALCALDE Y bien, queridos...¿Qué tal? ¿Cómo van los negocios? De modo que vinieron a quejarse..., ¿verdad? ¡Sinvergüenzas, canallas, estafadores!...Conque a quejarse..., ¿eh? ¡Creyeron que me mandarían a la cárcel! ¿Saben ustedes, hijos del diablo, que...?

A. ANDREEVNA ¡Ay, Dios mío! ¡Qué palabrotas dices, Antósha!

ALCALDE (FASTIDIADO.) ¡Oh, ahora no estoy para pensar en las palabras! ¿Saben ustedes que el funcionario a quien se quejaron se casa con mi hija? ¿Eh? ¿Y...qué me dicen ahora? ¡Ya verán! ¡Ya verán cómo los trataré! Ustedes engañan a la gente...Le venden cien mil rublos de paño podrido al Estado..., ¡y luego regalan veinte metros y todavía esperan un premio por eso! Si supieran la verdad, los mandarían a...¡Y hay que ver el orgullo que tienen! ¡Se diría que son intocables! "Nosotros dicen no somos menos que los propios nobles." Y olvidan los patanes que el noble estudia ciencias; si lo azotan en la escuela es por algo para que aprenda lo útil. ¿Y tú, comerciante, a qué tantas pretensiones? Empiezas a aprender picardías desde niño; el patrón te vapulea porque no sabes engañar los clientes. Eres una criatura aún; ignoras el Padrenuestro, y ya le robas a la gente en la medida. Y apenas echas barriga y te llenas el bolsillo..., ¡vaya una importancia que te das! ¡Dónde se ha visto! Y todo porque vendes con trampa dieciséis samovares diarios! ¡Me río de ti y de tu importancia!

LOS MERCADERES (CON UNA REVERENCIA.) ¡Comprendemos que somos culpables, Antón Antónovich!

ALCALDE Conque con quejas..., ¿eh? (A UNO DE ELLOS.) Y a ti...¿quién te ayudó a hacer aquella bribonada cuando construiste el puente y anotaste que habías proveído veinte mil rublos de madera, y apenas eran cien? ¡Fuí yo quien te ayudó barba de chivo! ¿Ya lo has olvidado? Si te hubiera señalado, te habrían podido enviar a Siberia. ¿Qué me dices? ¿Eh?

UNO DE LOS
COMERCIANTES ¡Por Dios que somos culpables, Antón Antónovich! El Malo nos enredó. No nos volveremos a quejar. ¡Pídenos lo que quieras, pero no te enojés!

ALCALDE ¡No te enojés! Ahora os arrastráis a mis pies. ¿Por qué? Sólo porque triunfé; y canallas, si hubiéseis triunfado en parte no más, me habríais hundido en el barro y hasta me habríais tirado un leño encima.

LOS MERCADERES (CON UNA PROFUNDA REVERENCIA.) ¡No nos pierdas, Antón Antónovich!

ALCALDE "¡No nos pierdas!" Ahora, "no nos pierdas"... Y antes...¿qué?
¡Yo les daría...! (HACE UN GESTO.) ¡Bueno, que Dios los perdone!
¡Se acabó! No soy rencoroso. ¡Pero ahora cuidado, mucho ojo
conmigo! No caso a mi hija con un noble cualquiera...La felicita-
ción debe ser...¿entienden...? ¡llada de salir del paso con algún
esturión o un pilón de azúcar! ¡Bueno, vayan con Dios! (LOS MER-
CADERES SE VAN.)

ESCENA III

Dichos, ANOS FEDOROVICH, ARTENIO FILIPOVICH y
luego RASTAKOVSKY

A. FEDOROVICH (DESDE EL UMBRAL.) ¿Debo creer en los rumores, Antón Antónovich?
¿Es cierto que ha tenido una suerte tan extraordinaria?

A. FILIPOVICH Tengo el honor de felicitarlo por su extraordinaria suerte. Me
alegré mucho al enterarme. (SE ACERCA A ANA ANDREEVNA Y LE BESA
LA MANO.) ¡Ana Andréevna! (SE ACERCA A MARIA ANTONOVNA Y LE BESA
LA MANO.) ¡María Antónovna!

RASTAKOVSKY (ENTRANDO.) Lo felicito, Antón Antónovich. ¡Que Dios conceda
larga vida a usted y a la joven pareja, y le dé una numerosa des-
cendencia de nietos y biznietos! ¡Ana Andréevna! (SE ACERCA Y
BESA LA MANO A ESTA.) ¡María Antónovna! (LE BESA LA MANO A MARIA
ANTONOVNA.)

ESCENA IV

Dichos, KOROBKIN con su esposa y LIULIUKOV

KOROBKIN ¡Tengo el honor de felicitarlo, Antón Antónovich! ¡Ana Andréevna!
(LE BESA LA MANO.) ¡María Antónovna! (LE BESA LA MANO.)

LA ESPOSA DE KOROBKIN La felicito de corazón, Ana Andréevna por esta nueva felicidad.

LIULIUKOV ¡Tengo el honor de felicitarla, Ana Andréevna! (LE BESA LA MANO
Y LUEGO, VOLVIENDO HACIA LOS ESPECTADORES, HACE CHASQUEAR LA
LENGUA CON AIRE FANFARRON.) ¡María Antónovna! Tengo el honor de
felicitarla. (LE BESA LA MANO Y VUELVE A MIRAR A LOS ESPECTADORES
CON EL MISMO AIRE FANFARRON.)

ESCENA V

(MUCHOS VISITANTES DE CHANQUE Y FRAC SE ACERCAN PRIMERO A BESARLE
LA MANO A ANA ANDREEVNA DICIENDO: "¡ANA ANDREEVNA!"; LUEGO A
MARIA ANTONOVNA DICIENDO: "¡MARIA ANTONOVNA!" BOBCHINSKY Y
DOBCHINSKY SE ABREN PASO A CODAZOS.)

BOBCHINSKY ¡Lo felicito!

DOBCHINSKY ¡Antón Antónovich, tengo el honor de felicitarlo!

BOBCHINSKY ¡Por el feliz acontecimiento!

DOBCHINSKY ¡Ana Andréevna!

BOBCHINSKY ¡Ana Andréevna! (AMBOS SE ACERCAN A UN TIEMPO A LA ALCALDESA Y
SUS FRENTE CHOCAN.)

DOBCHINSKY ¡María Antónovna! (LE BESA LA MANO.) Tengo el honor de felici-
tarla. Será muy, muy feliz, se pasará en un vestido de oro y
comerá toda clase de sopas refinadas. Pasará muy bien el tiempo.

BOBCHINSKY (INTERRUMPIENDOLO.) ¡María Antónovna, tengo el honor de felici-
tarla! ¡Que Dios le dé toda clase de riquezas, rublos de oro y
un hijito pequeño (MUESTRA LA TALLA), tan pequeño que uno pueda
sentarlo en la palma de la mano! Y que grite "ua, ua, ua!"

ESCENA VI

(VARIOS VISITANTES MAS SE ACERCAN A ANA ANDREEVNA Y A MARIA ANTONOVNA PARA BESARLES LA MANO. ENTRA LUKA LUKICH CON SU MUJER.)

LUKA LUKICH ¡Tengo el gusto...

SU ESPOSA (SE ADELANTA CORRIENDO.) ¡La felicito, Ana Andréevna! (SE BESAN.) ¡Qué alegría el saberlo! Me dijeron: "¡Ana Andréevna casa a su hija!" "¡Ah, Dios mío!", pensé. Y me alegré tanto, que le dije a mi marido: "Oye, querido. ¡¡ira qué felicidad le ha deparado el destino a Ana Andréevna!" Y pensé: "Bueno. ¡A Dios gracias!" Y le dije: "Estoy tan encantada, que me consume la impaciencia de decírselo personalmente a Ana Andréevna." "¡Ah, Dios mío! ___pensé___. Ana Andréevna esperaba precisamente un buen partido para su hija, y ya ven qué destino; las cosas se presentaron precisamente como lo quería." Y me sentí tan contenta, se lo juro, que no pude hablar. Lloré; lloré tanto, que aquello ya era sollozar. Y Luká Lúkich me dijo: "¿Por qué lloras así, Nástenga?" "No lo sé yo misma, querido ___le dije___. Las lágrimas me brotan de los ojos como un río."

ALCALDE ¡Les ruego que se sienten, señores! ¡Eh, Nishka! ¡Trae más sillas! (LOS VISITANTES SE SIENTAN.)

ESCENA VII

Dichos, el JEFE DE POLICIA y los VIGILANTES

J. DE POLICIA Tengo el honor de felicitar a Su Excelencia y desearle que sea dichoso durante muchísimos años.

ALCALDE ¡Gracias, gracias! ¡Siéntense, señores! (LOS VIGILANTES SE SIENTAN.)

A. FEDOROVICH Cuéntenos, por favor, Antón Antónovich, cómo empezó todo eso..., ¿comprende?...; cómo se desarrolló el asunto.

ALCALDE Pues fué algo nunca visto: Su Excelencia se sirvió pedirme su mano personalmente.

A. ANDREEVNA Muy respetuosamente y en la forma más fina imaginable. Todo lo expresó muy bien. Dijo: "Yo, Ana Andréevna, lo hago solamente por respeto a los méritos de usted." ¡Y qué hombre tan magnífico, culto, educado, de dignos principios morales! "Para mí, créame, Ana Andréevna, para mí la vida no tiene importancia: sólo lo hago por respeto a sus raras virtudes."

M. ANTONOVNA ¡Oh, mamita! Eso me lo dijo a mí.

A. ANDREEVNA ¡Cállate! ¡Tú no sabes nada y te metes en lo que no te importa! "Yo, Ana Andréevna, estoy asombrado." Habló de una manera tan lisonjera...Y cuando le quise decir: "No nos atrevemos de ningún modo a esperar semejante honor.", cayó de rodillas repentinamente y dijo, en la forma más caballerosa imaginable: "¡Ana Andréevna! ¡No me haga desdichado! Corresponda a mis sentimientos, porque de lo contrario pondré fin a mi vida."

M. ANTONOVNA Te aseguro, mamita, que eso me lo dijo a mí.

A. ANDREEVNA Sí, claro...También dijo algo por ti, no lo niego.

ALCALDE ¡Y hay que ver cómo nos asustó! Amenazó con pegarse un tiro. "Me pegaré un tiro, me pegaré un tiro", dijo.

MUCHOS VISITANTES ¡No me diga!

A. FEDOROVICH ¡Es increíble!

LUKA LUKICH Por lo visto, era el destino.

- A. FILIPOVICH No es el destino, amigo mío: fueron los servicios prestados. (APARTE.) ¡Estos cerdos siempre tienen suerte!
- A. FEDOROVICH Estoy dispuesto a venderle aquel perro perdiguero que le interesaba, Antón Antónovich.
- ALCALDE No...Ahora no estoy para perdigueros.
- A. FEDOROVICH Como guste, Antón Antónovich.
- LA ESPOSA DE KOROBKIN ¡No se imagina cómo me alegro de su felicidad, Ana Andréevna!
- KOROBKIN ¿Dónde está ahora, perdone que se lo pregunte, el distinguido huésped? He oído decir que se fue.
- ALCALDE Sí, por un día, para atender a un asunto muy importante.
- A. ANDREEVNA A ver a su tío para pedirle la bendición.
- ALCALDE Para pedirle la bendición, pero mañana mismo...(ESTORNUDA, SE OYEN FELICITACIONES EN MEDIO DEL ALBOROTO GENERAL.) Muy agradecido... Pero mañana mismo volverá. (ESTORNUDO; ALBOROTO DE FELICITACIONES; SE DESTACAN VARIAS VOCES.)
- J. DE POLICIA ¡Le deseamos mucha salud, Excelencia!
- BOBCHINSKY ¡Cien años de vida y una pirámide de rublos de oro!
- DOBCHINSKY ¡Y que Dios le dé más todavía!
- A. FILIPOVICH ¡Ojalá revienten!
- LA ESPOSA DE KOROBKIN ¡Que te lleve el diablo!
- ALCALDE ¡Agradecidísimo! ¡Les deseo otro tanto!
- A. ANDREEVNA Ahora pensamos vivir en San Petersburgo. Aquí, lo confieso, se respira un aire... ¡muy pueblerino!... ¡muy desagradable, lo confieso... Además, a mi marido... lo harán allí general.
- ALCALDE Sí, señores, lo confieso. Tengo muchas ganas de ser general.
- LUKA LUKICH ¡Ojalá lo consiga con la ayuda de Dios!
- RASTAKOVSKY No todo puede esperarse del hombre, pero sí de Dios.
- A. FEDOROVICH A barco grande..., una travesía grande.
- A. FILIPOVICH A tales servicios, tal honor.
- A. FEDOROVICH (APARTE.) ¡Me lo imagino si le dan realmente el grado de general! ¡He ahí un hombre al cual el título le sentaría como una silla de montar a una vaca! Bueno, para eso falta mucho todavía. Aquí hay hombres mucho más decentes que tú y aún no son generales.
- A. FILIPOVICH (APARTE.) ¡Eh, qué diablos! ¡Este ya quiere ser general! Y quién sabe... ¡A lo mejor! Lo que es ínfulas no le faltan. (AL ALCALDE.) ¡Cuando sea general no nos olvide, Antón Antónovich!
- A. FEDOROVICH ¡Y si necesitáramos alguna recomendación para un trámite, no nos abandone!
- KOROBKIN El año próximo llevaré a mi hijo a la ciudad para ponerlo al servicio del Estado. Por favor, hágale entonces de padre.
- ALCALDE Por mi parte estoy dispuesto a hacer todo lo que sea posible.
- A. ANDREEVNA Tú, Antosha, siempre estás dispuesto a prometer. En primer lugar, no tendrás tiempo de pensar en eso. ¡Y cómo es posible comprometerse con semejantes promesas? Y además..., ¿para qué?

ALCALDE ¿Por qué no, querida? A veces se puede.

A. ANDREEVNA Se puede, naturalmente, pero no te propondrás proteger a cualquier insignificancia.

LA ESPOSA DE KOROBKIN ¿Han oído cómo nos trata?

LOS VISITANTES Siempre fué así, la conozco; si la sientan a la mesa, pone lo pies sobre...

ESCENA VIII

Los mismos y JEFE DE CORREOS, que entra sin aliento, con una carta abierta en la mano

J. DE CORREOS ¡Una cosa sorprendente, señores! El funcionario a quien tomamos por inspector no era el inspector.

TODOS ¿Cómo que no era tal inspector?

J. DE CORREOS ¡Ni sombra de inspector...! Lo he sabido por esta carta.

ALCALDE ¿Qué? ¿Qué dice? ¿Por qué carta?

J. DE CORREOS Por una carta del mismo. Me la traen al correo, miro la dirección y veo: "Calle Pochtámtskaia". Me quedé petrificado del susto. "Bueno pensé . Debe haber descubierto algo que no funciona bien en el correo y les avisa a sus jefes." De modo que abrí la carta.

ALCALDE ¿Cómo pudo hacer eso?

J. DE CORREOS Yo mismo no lo sé; me empujó una fuerza sobrenatural. Ya había llamado al postillón para mandarla con la estafeta, pero sentí una curiosidad tan grande que no pude resistirme. En un oído, alguien parecía decirme: "¡Eh, no la abras; te perderás sin remedio!" Y en el otro, un demonio me murmuraba: "¡Ábrela, ábrela!" Y cuando apreté el lacre...sentí fuego en las venas...y al abrir la carta...me recorrió todo el cuerpo un escalofrío, lo juro, un escalofrío. Me temblaban las manos y todo lo veía turbio.

ALCALDE Pero...¿cómo se atrevió a abrir la carta de un personaje tan importante?

J. DE CORREOS ¡Esa es la cuestión! ¡Que ni es importante ni personaje!

ALCALDE ¿Y qué es, en su opinión?

J. DE CORREOS Ni fu ni fa. ¡Vaya uno a saber quién diablos es!

ALCALDE (IRACUNDO.) ¿Cómo ni fu ni fa? ¿Cómo se atreve a llamarlo ni fu ni fa y el diablo sabe quién? Yo lo arrestaré...

J. DE CORREOS ¿Quién? ¿Usted?

ALCALDE ¡Sí, yo!

J. DE CORREOS ¡Lo veo difícil!

ALCALDE ¿Sabe que él se casa con mi hija, que yo mismo ingresaré en la nobleza, que podré mandarlo a usted a la propia Siberia?

J. DE CORREOS ¡Ah, Antón Antónovich! ¡Olvídese de Siberia! Eso está muy lejos. Más vale que yo les lea la carta. ¿Me permiten que se la lea, señores?

TODOS ¡Léala, léala!

- J. DE CORREOS (LEYENDO.) "Me apresuro a contarte, mi querido Triapíchkin, las cosas extrañas que me han pasado. Por el camino me dejó sin un centavo un capitán de infantería, a tal punto que el posadero me quería mandar a la cárcel; pero de pronto, a causa de mi fisonomía petersburguesa y mi ropa, todo el pueblo me tomó por un general en jefe. Y ahora vivo en casa del alcalde, disfruto en grande y galanteo furiosamente a su mujer y a su hija: sólo que no he decidido aún por cuál debo empezar...Creo que empezaré por la mamá, ya que parece pronta a prestarle a uno todos los servicios. ¿Recuerdas las miserias que pasé contigo, comiendo un día sí y otro no, y cómo en cierta ocasión el dueño de una confitería me cogió del cuello a causa de las masas que me había comido con los bolsillos vacíos? Ahora las cosas se presentan muy distintas. Todos me prestan dinero, todo el dinero que quiero. Son gente muy pintoresca; te morirías de risa si los vieras. Tú, ya lo sé, escribes para los periódicos; mete a esos individuos en tus artículos. En primer lugar, el alcalde es estúpido como un pavo cebado..."
- ALCALDE ¡No puede ser! Ahí no dice eso.
- J. DE CORREOS (LE MUESTRA LA CARTA.) Léalo usted mismo.
- ALCALDE (LEYENDO.) "Como un pavo cebado." ¡No puede ser! Eso lo escribió usted mismo.
- J. DE CORREOS ¿Cómo iba a escribirlo yo?
- A. FILIPOVICH ¡Lea!
- LUKA LUKICH ¡Lea!
- J. DE CORREOS (SIGUE LEYENDO.) Hum..., hum..., hum... "Como un pavo cebado. El jefe de correos es también un buen hombre..." (DEJA DE LEER.) Bueno, aquí también se expresa en forma indecorosa sobre mí.
- ALCALDE ¡No, léalo!
- J. DE CORREOS Pero...¿para qué?
- ALCALDE ¡No, qué diablos! ¡Ya que lee, léalo todo! Léalo todo de arriba abajo!
- A. FILIPOVICH Permítame, lo leeré yo. (SE PONE LOS LENTES Y LEE.) "El jefe de Correos es idéntico a nuestro ordenanza Mijeev. Debe ser un bribón y borracho perdido."
- J. DE CORREOS (A LOS ESPECTADORES.) ¡Bueno, es un chiquillo malcriado que merece una azotaina!
- A. FILIPOVICH (SIGUE LEYENDO.) "El director del hospital..." (SE INTERRUMPE.)
- KOROBKIN ¿Por qué no sigue?
- A. FILIPOVICH La letra espoco clara...y, por lo demás, se nota que es un miserable.
- KOROBKIN ¡Démela a mí! Creo que tengo mejor vista. (TOMA LA CARTA.)
- A. FILIPOVICH (RESISTIENDOSE A ENTREGARSELA.) No, podemos prescindir de ese trozo. Lo que sigue se entiende.
- KOROBKIN Perdóneme, ya lo veré.
- A. FILIPOVICH Yo mismo puedo leerlo; más adelante, de veras, todo está muy legible.
- J. DE CORREOS ¡No, léanlo todo, ya que se ha leído todo hasta ahora!
- TODOS Dele la carta, Artemio Filípovich, dele la carta. (A KOROBKIN.) Lea.

- A. FILIPOVICH Inmediatamente. (LE DA LA CARTA A KOROBKIN.) Pero permítame... (TAPA UN PASAJE CON EL DEDO.) Lea desde aquí. (TODOS LE ACOSAN.)
- J. DE CORREOS ¡Lea, lea! ¡Tonterías! ¡Leálo todo!
- KOROBKIN (LEYENDO.) "El director del hospital, Zemliánka, es un perfecto cerdo con birrete."
- A. FILIPOVICH (A LOS ESPECTADORES.) ¡Ni siquiera es ingenioso! ¡Un cerdo con sombrero! ¿Dónde se han visto cerdos con sombrero?
- KOROBKIN (SIGUE LEYENDO.) "El supervisor de escuelas huele a cebolla que da asco."
- LUKA LUKICH (A LOS ESPECTADORES.) ¡Nunca he probado una cebolla; por Dios lo juro!
- A. FEDOROVICH (APARTE.) ¡Gracias a Dios, por lo menos no habla de mí!
- KOROBKIN (LEYENDO.) "El juez..."
- A. FEDOROVICH ¡Santo Dios! (EN ALTA VOZ.) Señores, esta carta me parece larga. ¡Y no vale la pena leer semejante basura!
- LUKA LUKICH ¡no!
- J. DE CORREOS ¡No, léala!
- A. FILIPOVICH ¡No, que la lea!
- KOROBKIN (CONTINUA.) "El juez Liápkín-Tiápkín, salta a la vista, es un "movetón"..." (SE INTERRUMPE.) Debe ser una palabra francesa.
- A. FEDOROVICH ¡Quién sabe qué demonios significa! Y menos mal si significa solamente bribón, pero quizá sea algo peor todavía.
- KOROBKIN (SIGUE LEYENDO.) "Pero, por lo demás, la gente es aquí hospitalaria y de buen corazón. Adiós, querido Triapíchkin. Yo mismo, siguiendo tu ejemplo, quiero ocuparme de literatura. Me aburre vivir así, hermano; uno necesita finalmente alimento para el alma. Veo que, realmente, hay que ocuparse de algo elevado. Escríbeme a la provincia de Saratov, y de allí a la aldea de Podkatílovka. (INVIERTE LA CARTA Y LEE LA DIRECCION.) "Al distinguido caballero Iván Vasilievitch Triapichkin, San Petersburgo, calle Pochtámtskaia, en la casa que está bajo el número 97, al doblar el patio, en el tercer piso a la derecha."
- UNA DE LAS DAMAS ¡Qué contratiempo tan extraordinario!
- ALCALDE ¡Me ha degollado, me ha degollado! ¡Estoy muerto, muerto, completamente muerto! No veo nada; sólo unas jetas de cerdos en lugar de caras y nada más... ¡Háganlo volver, háganlo volver! (AGITA LA MANO.)
- J. DE CORREOS ¡Quién sería capaz de hacerlo volver! Yo, expresamente, ordené que le dieran la mejor troika; y al diablo me incitó a entregarle también una orden escrita para que le dieran los mejores relevos por el camino.
- LA ESPOSA DE KOROBKIN ¡Qué confusión!
- A. FEDOROVICH ¡Caramba, caballeros! Yo le di en préstamo trescientos rublos.
- A. FILIPOVICH Yo, otro tanto.
- J. DE CORREOS (SUSPIRANDO.) ¡También yo le presté trescientos rublos!
- BOBCHINSKY Yo y Petr Ivánovich le dimos sesenta y cinco.
- A. FEDOROVICH (DESCONCERTADO, CON UN GESTO DE PERPLEJIDAD.) Pero...¿qué es esto, señores? ¿Cómo se explica que hayamos caído en tal impos-
tura?

- ALCALDE (GOLPEANDOSE LA FRENTE.) ¿Cómo se explica que eso me haya pasado a mí..., a mí, viejo tonto? ¡Se ve que he perdido ya el seso! Hace treinta años que sirvo en la administración pública; nunca pudo estafarme un comerciante o un proveedor; engañé a un pillo tras otro; burlé a bribones capaces de robar al mundo entero. ¡Me metí en el bolsillo a tres gobernadores! ¡Y qué gobernadores! (HACE UN GESTO DE DESALIENTO.) No hablemos, no hablemos de gobernadores...
- A. ANDREEVNA Pero eso no puede ser, Antósha...El se ha comprometido con Máshenka...
- ALCALDE (ENFURECIDO.) ¿Comprometido? ¡Tres palmos de narices! ¡Y dale con su compromiso! (FRENETICO.) ¡Miren, miren todos, mire todo el mundo, toda la cristiandad, miren todos cómo el alcalde ha sido tomado por tonto! ¡Vean cómo ha pasado por imbécil el viejo bribón! (SE AMENAZA A SI MISMO CON EL PUÑO.) ¡Eh, narigón! ¡Confundiste a un títere con un hombre importante! ¡Ahí lo tienes, riendo con los cascabeles de su troika por el camino! Divulgará por todo el mundo lo ocurrido. No sólo será un hazmerreír: ya aparecerá algún escriba, algún emborronado de papeles que me hará figurar en una comedia. ¡Eso es lo que más me duele! No respetará mi grado ni mi posición y todos mostrarán los dientes y batirán palmas. ¡Ya me parece verlos! ¿Por qué os reís? ¡Os reís de vosotros mismos!...¡Ah, imbéciles! (GOLPEA EL SUELO CON EL PIE, AIRADO.) ¡Yo les daría a todos esos de pluma! ¡Ah, escritorzuelos! ¡Ah, malditos liberales, simiente del diablo! ¡Yo los ataría a todos en un solo fardo, los haría polvo, los...! (BLANDE EL PUÑO Y GOLPEA EL SUELO CON EL PIE. DESPUES DE UNA PAUSA.) No logro volver en mí. Así son las cosas: si Dios quiere castigarnos, empieza por quitarnos el discernimiento. Vamos a ver...¿Qué tenía de inspector ese monigote? ¡Nada, absolutamente nada! Ni un pelo de semejanza...¡Y de pronto todos dale que te dale, el inspector, el inspector! Vamos, vamos a ver...¿Quién fué el primero que era inspector? ¡Contesten!
- A. FILIPOVICH (CON UN GESTO DE PERPLEJIDAD.) ¡Que me maten si entiendo cómo sucedió eso! Se diría que me entró una verdadera niebla en la cabeza, que me enredó el demonio.
- A. FEDOROVICH Pues alguien lanzó la noticia. ¡Fueron estos caballeros! (INDICA, CON UN DEDO, A DOBCHINSKY Y BOBCHINSKY.)
- BOBCHINSKY ¡Eh, eh! ¡Yo no! Ni siquiera pensé...
- DOBCHINSKY Yo no hice nada, absolutamente nada...
- A. FILIPOVICH Claro que fueron ustedes.
- LUKA LUKICH Claro. Vinieron corriendo de la posada como unos locos gritando: "Vino, vive y no paga..." ¡Vaya con el personaje que descubrieron!
- ALCALDE ¡Naturalmente que fueron ustedes, los chismosos del pueblo! ¡Malditos embusteros!
- A. FILIPOVICH ¡Que se los lleve el diablo con su inspector y sus cuentos!
- ALCALDE ¡Ustedes no hacen más que corretear por la ciudad, condenados charlatanes! ¡Siembran habladurías, estúpidos cuervos!
- A. FEDOROVICH ¡Malditos difamadores!
- LUKA LUKICH ¡Payasos!
- A. FILIPOVICH ¡Intrigantes asquerosos! (TODOS RODEAN A BOBCHINSKY Y DOBCHINSKY.)
- BOBCHINSKY ¡Les juro por Dios que no fuí yo; fué Petr Ivánovich!
- DOBCHINSKY ¡Oh, no, Petr Ivánovich! Pero si fué usted el primero que...
- BOBCHINSKY No, no. El primero fué usted.

ULTIMA ESCENA

Dichos y un GENDARME

GENDARME

Un funcionario que acaba de llegar de San Petersburgo, con órdenes expresas y terminates, exige que comparezcan ustedes inmediatamente ante él. Para en el hotel.

(LAS PALABRAS PRONUNCIADAS FULMINAN A TODOS COMO UN RAYO. DE TODOS LOS LABIOS FEMENINOS SURGE UN SONIDO DE SORPRESA; EL GRUPO INTEGRRO, DESPUES DE HABER CAMBIADO REPENTINAMENTE DE POSTURA, QUEDA PETRIFICADO.)

ESCENA MUDA

El alcalde está en el centro con las manos extendidas y abiertas, y la cabeza echada hacia atrás. A la derecha están su esposa y su hija tendidas hacia él; detrás de ellas, el jefe de Correos, en un signo de interrogación, dirigido hacia el público; detrás de él, Luká Lúkich, perdido en la forma más inocente del mundo; detrás de él, en el extremo mismo de la escena, tres de las damas visitantes, arrimadas la una a la otra con la más satírica de las expresiones en el rostro, aludiendo directamente a la familia del alcalde. A la izquierda del alcalde está Zemlianika con la cabeza un poco inclinada, como escuchando algo; detrás de él, el juez con los brazos separados, casi en cuclillas, y con los labios contraídos como si quisiera silbar o exclamar: "¡Ya llegó el Juicio Final!" Detrás de él está Koróbkin, quien se dirige a los espectadores con el ojo entornado, aludiendo sardoníamente al alcalde; en el extremo del escenario, Dóbchinsky con los brazos tendidos el uno hacia el otro, boquiabiertos y los ojos fuera de las órbitas. Los demás visitantes han quedado reducidos a meras columnas. Durante cerca de medio minuto, el grupo petrificado se mantiene en esa actitud. BAJA EL TELON.

FIN DEL VOLUMEN I

21 de octubre de 1975

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

Seminario Multidisciplinario José Emilio González
Bachillerato de Estudios Interdisciplinarios
Facultad de Humanidades
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras